

MISIONES Y MISIONEROS JESUITAS EN LA XÀTIVA DE «NUEVA PLANTA»

La misión de los Jesuitas del Colegio de San Pablo de Valencia en la Colonia Real de San Felipe

Javier BURRIEZA SÁNCHEZ¹

Universidad de Valladolid

Resumen

En el siglo XVIII Xàtiva era la segunda ciudad más importante del reino de Valencia. Con la llegada del nuevo monarca, Felipe V, sus ciudadanos se opusieron a la nueva autoridad real. La ciudad fue abrasada por un incendio tras la victoria borbónica de Almansa. Durante su reconstrucción, los jesuitas llegaron para predicar a estos ciudadanos rebeldes. El artículo estudia una documentación inédita, depositada en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valladolid. Se trata de algunas cartas enviadas por el padre José Gamir al confesor del rey, donde narra los métodos empleados por los jesuitas, sus sermones y predicaciones, las procesiones y otros actos religiosos encuadrados en esa exaltación de la religiosidad barroca que eran las misiones populares. Entonces el sermón era el principal medio de comunicación. Xàtiva era ya un símbolo de libertad en el siglo XVIII frente a los Borbones.

Abstract

In the 18th century Xàtiva was the second most important city in the Kingdom of Valencia. With the arrival of Felipe V, its citizens opposed the new king's authority, the city was burnt down. While it was being rebuilt the Jesuits came to preach to these rebellious people. The article studies unknown documents that are kept in the Library of History of the University of Valladolid. These documents consist of a few letters sent to the king's confessor by Father José Gamir, in which he tells the methods used by the Jesuits, their sermons, processions... At the time the sermon was the main medium. In the 18th century Xàtiva was ready a symbol of freedom against the Borbon king.

1. El presente artículo forma parte de las investigaciones que el autor del mismo está realizando para su Tesis Doctoral «*El poder de la enseñanza y del sermón: la presencia de la Compañía de Jesús en el ámbito geográfico de Valladolid durante el Antiguo Régimen (1545-1767)*», dirigida por el Dr. Teófilo Egidio López dentro del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América de la Universidad de Valladolid.

En abril de 1712 el confesor de Felipe V, el jesuita Pedro Robinet, recibía una prolongada e intensa carta desde el Colegio San Pablo de la Compañía de Jesús en Valencia. El remitente era su hermano de religión, el Padre José Gamir. A lo largo de las líneas, y con una letra firme y clara, el jesuita valenciano le relataba los días vividos en la Colonia de San Felipe, el nuevo nombre que el rey había otorgado a la antigua e histórica ciudad de Xàtiva. En ella algunos Padres de la Compañía habían intentado evangelizar y mudar de vida y costumbres, como en tantas ocasiones apelaban, a la nueva población que se había establecido en estas tierras rebeldes al Borbón. Si los Habsburgo habían elegido directores y conductores de su conciencia entre los dominicos, la orden de predicadores, Felipe V, aconsejado por su abuelo Luis XIV de Francia, encomendaba a los jesuitas la dirección de su confesionario y la misión de tranquilizar su escrupulosa e inestable conciencia. Al fin y al cabo el Padre Daubenton, el primer confesor del rey Borbón, era uno de los hombres de confianza del Rey Sol que llegaron junto al joven duque de Anjou a la Corte de Madrid.

¿Alguien puede pensar que ésta era la única tarea que este religioso ejercía en los reinos hispánicos? El profesor Antonio Mestre ha resumido perfectamente las funciones que atesoraba: «un ministro de asuntos eclesiásticos», un poder «omnímodo en la política eclesiástica y en los proyectos culturales del gobierno. La razón del poder radicaba en el sistema benefICIAL»². Una influencia que supieron desarrollar los siete jesuitas que ocuparon este cargo durante los primeros cincuenta y cinco años del siglo XVIII, hasta que el último de los confesores fue exonerado en plena caída del primer gabinete de Fernando VI. Los primeros fueron jesuitas franceses, sin embargo el cargo llegó a la cumbre con la presencia del cántabro Francisco de Rávago, entre 1747 y 1755, como ha demostrado el estudio profundo del Dr. José Alcaraz.

El destinatario de esta carta, el francés de la Champagne Pedro Robinet, fue el confesor de la Guerra de Sucesión, pues permaneció junto a Felipe V en los años críticos de 1705 a 1715. Un hombre de carácter retraído y «exclusivamente francés»³, amante de los libros y creador de la futura Biblioteca Nacional, pero odiado por los españoles. Sin embargo como afirma Alcaraz, es muy difícil entender la política de Macanaz, sin contar con el apoyo del confesor Robinet.

Por eso no resulta extraño que Gamir, desde Valencia, informase a tan alta «magistratura» de su religión en la política nacional. Xàtiva se había convertido en el símbolo de la resistencia del reino de Valencia al establecimiento de Felipe V. Y por eso una misión popular realizada en esta ciudad en 1712, era de suficiente interés como para informar al confesor de Su Majestad, es decir, a una de las manos decisivas de la política real. En las misiones, el poder de la palabra y los elementos de la religiosidad popular del Antiguo Régimen alcanzaban su más altas cotas. Era en definitiva un «acontecimiento espiritual que no tenía paragón»⁴, mereciendo por ello la atención de los que nos interesamos por el pensamiento y la práctica religiosa de una

2. Antonio MESTRE, «Prólogo» a la obra de José ALCARAZ *Jesuitas y Reformismo. El P. Francisco de Rávago (1747-1755)*, Valencia 1995.

3. Antonio ASTRAIN SJ, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, tomo VII, p. 158, Madrid 1925.

4. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO, «La Situación Espiritual de España hacia mediados del siglo XVIII vista por Pedro Calatayud: Lo que un jesuita predicaba antes de la expulsión», en *Archivo Hispalense*, 71 (1988), p. 16.

época. Primero viajaremos a aquella Xàtiva de 1712, renacida de sus cenizas tras el feroz sitio, destrucción, incendio y «clemente» restablecimiento. Después a través del relato de la labor de los misioneros, podremos definir este instrumento de evangelización, pero también de control de la opinión pública, mediante la siempre atractiva «arma» del sermón desde el púlpito, descubriendo la desconocida figura del misionero rural y urbano, a la que se consagraron tantos religiosos que poblaron los Colegios que la Compañía de Jesús tenía distribuidos a través de la geografía de estos reinos.

I. EN UN LUGAR Y EN UN AÑO: XÀTIVA 1712

Xàtiva ocupaba un «espacio estratégico de corredor natural»⁵ entre la zona costera mediterránea y el interior de la Península Ibérica. La antigua Saetabis Augusta fue siempre un destacado lugar de encuentro de mercancías y de pueblos, pero también de nuevas ideas y creencias, puesto que en el S. III la población cristiana de la zona era muy numerosa. Los obispos de Xàtiva, aquella figura tan deseada en los siglos de la modernidad, estuvieron presentes en los Concilios de Toledo, aquéllos que reunían a lo más granado de la Hispania visigoda. El núcleo continuó su prosperidad con los árabes. Aquí es donde el historiador El-Idrisi sitúa la primera fábrica europea de papel. Jaime I incorporó a Xàtiva en la Corona de Aragón y los vasallos de estas vegas siempre manifestaron su fidelidad a los monarcas aragoneses, tal y como se refleja en las guerras sostenidas contra Castilla. Se convertía así en la segunda ciudad (título concedido por Pedro IV) que votaba en las Cortes valencianas. El conflicto de las Germanías encontrará aquí uno de los escenarios más destacados. Progresivamente el gobierno municipal contemplará el proceso de centralización de la monarquía hispana.⁶

Año 1700, en noviembre muere sin descendencia Carlos II. En su testamento dejaba sus reinos peninsulares, europeos y de Ultramar a su sobrino nieto el joven duque de Anjou, Felipe de Borbón. Rápidamente las potencias europeas enemigas de Francia vieron con preocupación y temor la sombra de Luis XIV sobre España. De forma inmediata plantearon el conflicto, una guerra que sería al mismo tiempo internacional y civil. El candidato de Austria, su archiduque Carlos de Habsburgo, ya se aproximó a costas catalanas en 1704, mientras los ingleses ocupaban Gibraltar. La promesa de respetar los fueros que vieron amenazados los catalanes, permitió que éstos otorgaran su apoyo al que llamaban «Carlos III», un nombre que parecía reforzarse cuando las tropas austriacas entraron, y casi al mismo tiempo salieron, de la Villa y Corte.

Valencia mantuvo su fidelidad a Felipe V hasta 1704. Podemos buscar causas para este cambio de actitud. Reglá, por ejemplo, considera que podemos encontrarlas en el odio popular que los valencianos sentían hacia los franceses.⁷ Ya lo constataba

5. Isaïes Blesa i Duet, *El Municipi Borbònic en l'Antic Règim: Xàtiva (1700-1723)*. Xàtiva 1994, p. 29.

6. Para profundizar en estas etapas las obras de Carlos SARTHOU CARRERES, *Datos para la historia de Játiva*, 3 vols, Xàtiva 1935. V. PASCUAL BELTRÁN, *Curiosidades setabenses*, Xàtiva 1925. E. LLOBREGAT, *La primitiva cristiandat valenciana*. Valencia 1977. M. J. RUBIERA, y M. EPALZA, *Xàtiva musulmana (Segles VIII-XIII)*, Xàtiva 1987. Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, *La revolta de les Germanies*, Valencia 1983. J. CASEY, *El reino de Valencia en el siglo XVII*, Madrid 1983.

7. Alfonso VILA MORENO, «De Xàtiva a San Felipe». Discurso de recepción como Académico de Número de la Academia de Cultura Valenciana el día 26 de abril de 1989, en los *Anales de la Academia de Cultura Valenciana*, enero-diciembre 1988, número 66, Valencia 1990.

el trinitario P. Miñana cuando decía que los franceses «*ejerciendo un despreciable y torpe lucro, no tenían otra mira que la de acaparar todo el oro y plata y transportarla a Francia*». ⁸ El profesor Ramírez Aledón concreta este odio a los franceses en el pueblo llano, por la represión efectuada durante la Segunda Germanía en 1693, a lo que añade la posición austracista manifestada por el clero bajo valenciano (y podremos recordar luego las habilidades mediáticas del púlpito), las promesas del archiduque Carlos de eliminar las cargas feudales existentes (aquí el régimen señorial era más duro que en ningún otro reino) y la indefensión sentida y denunciada en las Cortes por parte de las ciudades. Y recordemos que Xàtiva era el núcleo urbano más destacado del reino después de Valencia. ⁹ Por lo tanto, como nos señala Domínguez Ortiz, la Guerra de Sucesión en Valencia tuvo un carácter eminentemente social, ya que a la masa popular el problema dinástico planteado tras la muerte del malogrado Carlos II poco les podía importar. ¹⁰

Altea, Denia, Valencia, Gandía, Alcira... fueron las diversas etapas de los valencianos en prestar su apoyo al archiduque. Dos bandos o partidas se habían formado tras la revuelta de 1693. Por una parte los conocidos como «*maulets*», defensores de la causa campesina, encontrándose enfrentados con los «*botiflers*» o «*butiflers*», partidarios entonces de los intereses de los señores y ahora colaboracionistas con Felipe V. La población valenciana se encontraba profundamente dividida. Por ejemplo dentro del clero, unas órdenes religiosas prestaban su apoyo a Carlos y otras a Felipe, e incluso dentro de ellas existían divisiones y sus pareceres no eran homogéneos.

Vila Moreno señala que Xàtiva, en su calidad real y como cabeza de la gobernación, podía haberse manifestado como partidaria de Felipe. Sin embargo la superioridad de pequeños propietarios, enfiteutas y braceros agrícolas (los «*maulets*») sobre la decadente actividad comercial francesa e inexistente industria, servían de contrapeso a la fuerza política de la pequeña nobleza. A juicio de Vila Moreno la presencia de ejércitos austracistas alrededor de la ciudad fue decisiva. A esta situación se unía la influencia personal de Juan de Tárrega, un noble de peso entre sus paisanos en Xàtiva y entre los hombres de confianza del archiduque en Valencia. ¹¹ Sobre la evolución de la guerra en estas tierras remitimos al lector a las obras clásicas y a los estudios de historia setabense que abordan con detalle esta contienda que a nosotros nos conduce hasta el sitio y destrucción de Xàtiva. ¹²

8. Cit. por Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Madrid 1990, p. 45.

9. Germán RAMÍREZ ALEDÓN, «La Crema de Xàtiva en 1707», en *Fira d'Agost 1996*, Xàtiva 1996, pp. 54-55.

10. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *op. cit.*, p. 44.

11. VILA MORENO, *op. cit.*, p. 16.

12. Para la Guerra de Sucesión podemos consultar la obra de Henry KAMEN, *La Guerra de Sucesión en España, 1700-1715*. Barcelona 1974. Germán RAMÍREZ ALEDÓN analiza con detalle los prolegómenos, desarrollo de la contienda en los días previos al sitio e incendio de la ciudad en «La Crema de Xàtiva en 1707» en la *Fira d'Agost 1996*, pp. 51-68, Xàtiva 1996. A juicio de este profesor la obra del carmelita Fray Carlos Castañeda, titulada *Fundación del Convento de Carmelitas de Játiva y visicitudes que padeció en las guerras de Sucesión*, conservada en la Biblioteca Nacional, es la fuente más fiable e imparcial para narrar los hechos ocurridos en la ciudad entre diciembre de 1705 y junio de 1707. Como nos indica Ramírez Aledón, Castañeda no fue testigo presencial de los hechos puesto que este carmelita nació en 1740. Sin embargo parece que contó con la narración o manuscrito de otros

La vuelta de tuerca decisiva para el conflicto fue la batalla de Almansa, en abril de 1707. Allí se enfrentaba el duque de Berwick, un «*inglés naturalizado francés*» como señala Domínguez Ortiz, con un ejército hispanofrancés contra tropas, parecidas cualitativamente pero demasiado heterogéneas, de los aliados europeos. Tras la victoria de los Borbones una parte numerosa del ejército de Felipe V se dirigió hacia Valencia, mientras que otra caminaba hacia Xàtiva y la Ribera. Se comenzó a preparar la defensa de la ciudad para esperar a los ejércitos borbónicos. Éstos propusieron la rendición a los setabenses, pero la resistencia tuvo tintes próximos al heroísmo y fidelidad a sus ideas e intereses. El ataque lo comenzaron los soldados de Felipe por el arrabal de Xàtiva. La Gaceta de Madrid, en junio de 1707, hablaba de esta resistencia... «*la gente de todos los estados que mantuvo la obstinación fue pasada por el filo de la espada; y al castillo se le puso un bloqueo que le precisará a su rendición*». ¹³

Una vez rendida comenzó la represión. Es verdad que no había sido la primera que habían sufrido los habitantes de Xàtiva durante esta contienda. Partidarios de Felipe V habían sido pasados a cuchillo a finales de 1705 y principios de 1706. Ahora eran los austracistas los vencidos. Aquí comprobamos una vez más la categoría de conflicto civil que posee la Guerra de Sucesión en el reino de Valencia. Sin duda la resistencia tenaz de Xàtiva había exasperado los ánimos de Berwick, esa misma rabia que habían manifestado los ejércitos realistas al saquear la ciudad tras la rendición. ¹⁴ Como nos señala Kamen desde la batalla de Almansa se había decidido un castigo cruel para Xàtiva, y éste no era otro que la quema de la ciudad, para que las generaciones futuras pudiesen recordar sus pecados contra la autoridad de Felipe V y sus ejércitos.

«*En 1707, al ser destruída Xàtiva –según las palabras de Carlos Sarthou–, tenía cercado de muro antiguo con nueve puertas defendidas por elevadas torres, aparte de las que flanqueaban de trecho en trecho dicho murado. En la ciudad y sus arrabales se contaban 2.000 casas con 4000 vecinos aproximadamente; y sin incluir sus nueve conventos de frailes y dos de monjas, todos ellos numerosos de censo. La colegiata contaba con quince canónigos y setenta beneficiados, músicos de capilla, sacristanes y servidores... entre todo el personal de la Seo sumaban más de cien hombres. Había mucha nobleza y señoría de pueblos residentes en la ciudad; colegios de médicos y cirujanos, boticarios y de escribanos, y toda clase de oficios con capítulos u ordenanzas para su régimen y gobierno, a semejanza de la capital. La ciudad tenía privilegio de nombrarse ella misma secretario escribano y de cabildo, ayudante del mismo, vergueros y sirvientes, alhóndiga, carnicería y oficinas, escuelas de latinidad, lógica y teología. Dos hospitales, el mayor para curación de pobres viudas; y varias obras pías de subvención particular para dotar doncellas, redimir cautivos y socorrer vergonzantes, casa de huérfanos, Monte de Piedad para prestar trigo gratis a labradores necesitados para sementeras y sustento. Extramuros de la ciudad tenía nueve hermitas con capillas bien cuidadas a cargo de ermitaños. Buenas acequias para la Vega y numerosas fuentes de la ciudad*»

La población fue evacuada y los religiosos abandonaron los conventos que convertían a Xàtiva en una destacada ciudad levítica. A juicio de Ramírez Aledón, el in-

hermanos de religión. Todas las versiones posteriores se basan en el relato del carmelita aunque con algunas alteraciones que señala Ramírez en su artículo, en un inicial estudio sobre las fuentes.

13. RAMÍREZ ALEDÓN, *op. cit.*, p. 61.

14. Henry KAMEN, *op. cit.*, p. 318.

endio fue selectivo, ordenado y con efectos más reducidos de los que fueron señalados por parte de la historiografía romántica del siglo XIX. Las fechas de esta destrucción han sido objeto de polémica. «*Quedó la ciudad absolutamente inhabitada* –según nos cuenta el carmelita Padre Castañeda–, *pues no quedaron más vecinos que tres sacerdotes en la Colegial*», junto al pertiguero de la Iglesia y un notario.¹⁵ Las justificaciones a esta acción empezaron de forma inmediata y se sucedieron a lo largo del tiempo, esgrimiendo argumentos pertenecientes a textos de la Tradición cristiana:

«*Las leyes, las historias y los autores todos –escribía Macanaz al rey Felipe– de una y otra jurisprudencia, y los señores Padres de la Iglesia griega y latina traen infinitos ejemplos y sientan con magisterio que sin tanto delito como el de la infeliz Játiva, muchas otras ciudades del mundo han sido quemadas, aradas y sembradas de sal; y que es permitido al Soberano y sus armas por el derecho de guerra, y la deben hacer siempre que convenga o no se pueda pasar por otro medio, y que una vez abrasada la ciudad y sus habitantes exterminados, todo quede en el fisco y ya no hay más representación de lo que fue*»¹⁶.

La población se refugió en Valencia, pero también otra parte fue conducida a Castilla. ¿Cuáles eran los planes de Felipe V para la ciudad de Xàtiva? Parecía que su destrucción iba a ser perpetua, sin embargo como señala Vila Moreno, esta hipótesis se encuentra en contradicción con los deseos de preservar los edificios religiosos, los hogares de los partidarios borbónicos o la permanencia de tropas en el castillo setabense.¹⁷ De las consecuencias de las victorias de Felipe V para la corona de Aragón nada vamos a aportar. En una sensación de seguridad, el nieto de Luis XIV en junio de 1707, decretó la abolición de los fueros de Aragón y Valencia, una medida que alteró momentáneamente la resistencia de los catalanes pero apagó los ánimos de aragoneses y valencianos. «*Este Reyno ha sido rebelde a Su Magestad –señalaba el duque de Berwick entrando en Valencia– y ha sido conquistado, habiendo cometido contra Su Magestad una grave alevosía y assí no tiene más privilegios ni fueros que aquellos que Su Magestad quisiere conceder en adelante.*» Se iniciaba así la «*Nueva Planta*» en Valencia.¹⁸

Pero la ruina de Xàtiva traía consigo la de su vega, de gran riqueza agrícola y con grave perjuicio para los intereses de la Hacienda Real, además de la difícil situación jurisdiccional en la que se encontraban los pueblos que rodeaban a la ciudad. Las peticiones por una reedificación empezaron a llover, al mismo tiempo que los efectos meteorológicos y los saqueos de los soldados instalados en el castillo deterioraban cada vez más las ruinas de los edificios. La pérdida de los censos o la precaria existencia de aquellos leales a los Borbones que malvivían lejos de su Xàtiva multi-

15. BIBLIOTECA NACIONAL. CASTAÑEDA, Fray Carlos. *Fundación del Convento de Carmelitas de Játiva y vicisitudes que padeció en las guerras de Sucesión (año 1789)*. Manuscrito 21.042, p. 15. Remitimos de nuevo al estudio del profesor Ramírez Aledón, pp. 62-64.

16. Cit. por Carmen PÉREZ APARICIO, «El clero valenciano a principios del siglo XVIII: la Cuestión Sucesoria» en *Estudios de Historia de Valencia*, Valencia 1978.

17. VILA MORENO, *op. cit.*, p. 24.

18. Para profundizar en este tema Carmen PÉREZ APARICIO, «La Guerra de Sucesión, una revolución camperola» en *Actas del I Congreso de Historia del País Valenciano*, vol III, Valencia 1976, pp. 511-524. Mariano PESET REIG, «Apuntes sobre la abolición de los fueros y la Nueva Planta valenciana», en *Actas del I Congreso de Historia del País Valenciano*, vol. III, Valencia 1976, pp. 525-536.

plicaban las peticiones. Por entonces Melchor Rafael de Macanaz había sido nombrado juez privativo de los bienes de rebeldes de Xàtiva y del reino de Valencia. A pesar que la resistencia del monarca parecía cada vez más pétrea, Macanaz supo comenzar a mover los hilos necesarios para conseguir la reconstrucción de la «ciudad traidora». Inmediatamente se puso en contacto con un inglés llamado Tobías del Burgo (ya que su apellido Bourk había experimentado un proceso de castellanización). Este hombre había recibido en recompensa dos mil escudos en bienes confiscados. Macanaz le hizo ver que su capital podía verse aumentado con la plasmación del proyecto de reconstrucción.

Kamen considera a Tobías del Burgo el verdadero promotor de la empresa. Del Burgo entró en contacto con la Princesa de los Ursinos, uno de los personajes más influyentes del país y camarera de la reina Luisa Gabriela de Saboya, y con el citado confesor real Pedro Robinet. Ambos consiguieron vencer la obstinación de Felipe V y en noviembre de 1707 firmaba el decreto de reconstrucción de la antigua ciudad de Xàtiva.¹⁹ Sin duda el culto divino era un motivo de preocupación en el citado texto, por lo cual se consideraba restablecido, conservando «*la iglesia Colegial, parroquias, conventos y capellanías la propiedad y usufructo de todas sus pensiones*». Sin embargo un elemento fundamental era la no admisión en la ciudad «*de persona alguna, eclesiástica ni seglar, notada del crimen de infidelidad*», puesto que la nueva Colonial Real, llamada desde este momento San Felipe, debía caracterizarse por sus cualidades de fidelidad.

Macanaz, nombrado delegado regio para la reconstrucción,²⁰ pasó a ocuparse de los asuntos de San Felipe, tal y como se manifiesta en los informes salidos de su pluma. Indemnizaciones, búsqueda de colonos y de autoridades afectas que la gobernasen según las leyes de Castilla, dotación de categoría de corregimiento sobre 77 localidades e incluso preocupaciones urbanísticas fueron las manifestadas por este delegado regio. Sin embargo los planos diseñados por el Padre Tosca no llegaron ni siquiera a materializarse. Como nos señala Vila Moreno, Macanaz consideró que la fundación de San Felipe había sido su obra destacada, mostrando en los informes que redactaba, un excesivo tono optimista. En sus estudios sobre el juez de confiscaciones Martín Gaite nunca encontró «*una sólo carta de Macanaz fechada en Játiva en todo este periodo que llega hasta principios de 1710*».

19. «*La obstinada rebeldía con que hasta los términos de la desesperación resistieron la entrada de nuestras armas los vecinos de la ciudad de Xàtiva (...) empeñó nuestra justicia a mandarla arruinar para extinguir su memoria (...) Y no siendo nuestro real ánimo comprender en esta pena a los inocentes (aunque fueron muy pocos), antes sí, de salvar sus vidas y haciendas y manifestarles nuestra gratitud tan merecida de su amor y fidelidad calificada con los trabajos y persecuciones que padecieron por nuestro real servicio en poder de los rebeldes (...) hemos resuelto que vuelvan a ocupar sus casas y posesiones a la referida ciudad y sus términos; y que de los bienes de rebeldes del mismo territorio, se les dé cumplida satisfacción de todos los daños y menoscabo que en los suyos hubiesen padecido; y a los que siendo pobres se mantuvieron leales, se les asigne, conforme a su calidad, la porción conveniente para su mantenimiento; de suerte que quede premiada su lealtad...*» El Decreto de 27 de noviembre de 1707 aparece reproducido en la obra Carlos Sarthou Carreres, *op. cit.*, vol. II, p. 14, Játiva 1934-35.

20. Carmen MARTÍN GAITE, *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento*. Madrid, Moneda y Crédito, 1970.

Como señalábamos líneas atrás, desde los primeros momentos hubo Instrucciones estrictas sobre la selección de los nuevos habitantes, necesitando para residir en San Felipe pasaportes y una previa investigación de los antecedentes políticos y sociales de los que se disponían a inaugurar una nueva etapa en la historia de la ciudad.²¹ Nuestro cronista Castañeda señalaba el mes de febrero de 1708 como el inicio de la nueva población, llegando el nuevo gobernador, junto a algunos regidores. Continúa el carmelita señalando que en San Felipe se instalaron labradores de diversos orígenes, comerciantes franceses además de «oficiales artistas», llegando a trescientos los vecinos congregados en la Real Colonia (y recordemos que vecino no significaba habitante). Sin embargo, a juicio de Vila Moreno, estos datos que nos ofrece Castañeda deben ser posteriores al año de 1708.

Además pensemos que la guerra todavía no había concluido y que el bienio 1709-1710 no fue fácil para los ejércitos borbónicos. Los temores hacia una sublevación austracista reaparecieron entre los setabenses. El nuevo Ayuntamiento no contaba apenas con ingresos, recursos tan abundantes como para reconstruir tantas infraestructuras tan seriamente deterioradas. Así los libros capitulares de estos años nos reflejan esta miseria padecida y sufrida por los habitantes de San Felipe. «*La población de la nueva ciudad de San Felipe va tan adelantada –señala Macanaz– que sus vecinos consumen hoy más de la mitad de la carne que la antigua Játiva en su opulencia consumía*»²².

Estos dos testimonios contemporáneos, que son tan diferentes en la exposición del juicio, comportan análisis historiográficos diversos. Mientras Domínguez Ortiz, haciéndose eco de las afirmaciones de Macanaz, cree que «*Játiva se recuperó con rapidez gracias, no sólo a la fertilidad de su término, sino a la importancia de su industria sedera, que daba trabajo a 1200 personas*»²³, Isaïes Blesa señala que el proceso de recuperación de la antigua Xàtiva se va ralentizar en distintos campos de la vida urbana, económica, social y en los comportamientos demográficos de la población que aquí habitaba, hasta una mejoría iniciada en la segunda mitad del Setecientos.²⁴ Vila Moreno ofrece los datos del memorial de 1725 cuando señalaba que el número de vecinos de San Felipe era ya de 850, considerando que el porcentaje de setabenses que volvieron a la antigua Xàtiva fue muy elevado.²⁵

La nueva Colonia Real seguía teniendo una notable orientación agrícola, menos clericalizada y nobiliar que la ciudad de 1707, además de un descenso de la población mercantil aunque los comerciantes franceses permanecieron en el núcleo tras los dramáticos acontecimientos bélicos. El restablecimiento de la actividad municipal y religiosa impedía todavía hablar de «*normalización*» hasta que en 1728 se firmó la «Concordia» entre la ciudad y los acreedores de censos. Incluso, a juicio de Vila Moreno, el proceso podía ser prolongado hasta la publicación de las Ordenanzas de 1750.

21. Isaïes BLESÀ DUET, *op. cit.*, p. 56, Xàtiva 1994.

22. Carmen MARTÍN GAITE, *op. cit.*, p. 89.

23. Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *op. cit.*, p. 269.

24. Isaïes BLESÀ DUET, *op. cit.*, p. 58.

25. Alfonso VILA MORENO, «Fundación de San Felipe: Aspectos demográficos» en *Anales de la Academia de Cultura Valenciana* núm. 63 (1978-1985), p. 252.

II. EL MISIONERO JESUITA Y LA MISIÓN EN EL SIGLO XVIII

El fenómeno de las misiones populares puede materializarse en «unos sermones y unos predicadores que por algunas semanas –según señala el profesor Teófanos Egido– dominaban la vida, los sentimientos, las conciencias y lograban el entusiasmo de todos los sectores sociales del campo y, en mayor medida, el de las ciudades». ²⁶ Antonio Domínguez Ortiz empieza situando las misiones ²⁷, y a los «avivados misioneros» trentinos de los que hablaba Egido, desde finales del XVI. Su *Siglo de Oro* bien puede corresponderse con el siglo XVII y primera mitad del XVIII. Normalmente estos misioneros pertenecían al clero regular, sobre todo eran jesuitas y capuchinos (con el celeberrimo Diego José de Cádiz). Los caminos no fueron impedimento para su evangelización. La mayoría de la Península se vió recorrida por esa oratoria simple que llegaba directamente al corazón ²⁸ que caracterizaba a estos misioneros, plagada de recursos efectistas propios de los cualificados dramaturgos del Barroco.

Sin embargo las dos Castillas y Andalucía eran las regiones más habituadas a estos «espectáculos». Aunque no faltaban allí, las grandes ciudades y las zonas de población dispersa no eran los escenarios más adecuados para el desarrollo de una misión. Esta «aristocracia de los predicadores», como les llama el profesor Barrio Gozalo, se desenvolvían mejor en los núcleos urbanos de pequeño y mediano tamaño (como Xàtiva) pero también en los pueblos grandes. ²⁹ «Aquella diferencia que hay –decía el maestro jesuita de misioneros Padre Calatayud– entre la caza menor y la mayor, essa suele haver entre la Mission que se hace en un Pueblo corto o moderado de labradores, a lo que se hace en las Ciudades, especialmente grande donde hay classes y gerarquías». ³⁰

En este sentido el movimiento misional, una «evangelización itinerante» ³¹, contribuyó a la extensión de la Reforma católica, a la difusión de la normativa nacida en el Concilio de Trento en aquellos núcleos y parroquias rurales más alejados de las ciudades castellanas y aragonesas. Y este aislamiento lo comprobamos en aquellas palabras del Padre León, otro de los jesuitas dedicados a misionar por la Península... «Había mujeres de veinte años abajo que, como no habían visto dar voces en la iglesia, cuando alzábamos el grito predicando, se escondían y tapaban las caras, porque les parecía que las queríamos castigar» ³². Normalmente los religiosos acudían en pa-

26. Teófanos EGIDO, «Religión» en la *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, edición de Francisco Aguilar Piñal, C.S.I.C. p. 781.

27. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII» en *Historia de la Iglesia en España, IV* (Madrid, 1979), pp. 13-14.

28. J. Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS. «Misiones populares en el siglo XVII. Los jesuitas en la provincia de Castilla» en *Salmanticensis*, 43 (Septiembre-Diciembre 1996) pp. 421-438.

29. Maximiliano BARRIO GOZALO, «Sociedad, Iglesia y vida religiosa en la España del siglo XVIII. Notas para un estudio demográfico, económico y socio-religioso» en *Anthologia Annua* 36, Roma 1989.

30. En los textos que ofrecemos a lo largo del presente artículo, pertenecientes en su mayoría a la obra del P. Pedro Calatayud «Arte y methodo de hacer misiones» y al manuscrito 342 de la Biblioteca Universitaria del Colegio de Santa Cruz de Valladolid, hemos respetado la ortografía original, y así lo hemos transcrito.

31. Manuel MORÁN y José ANDRÉS-GALLEGO, «El predicador» en Rosario VILLARI (dir), *El Hombre Barroco*, Madrid 1991, p. 193.

32. Ibidem. También en la obra Pedro HERRERA PUGA, *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro*, Madrid 1974.

rejas, con un plan previamente fijado y detallado y con el apoyo de las autoridades e instituciones eclesiásticas que velaban espiritualmente por esa población que les iba a recibir.

Una intención tenían clara los misioneros cuando entraban inesperadamente al núcleo urbano o rural al cual se dirigían: la reforma de las costumbres. Naturalmente se insistía en la erradicación de los pecados que violaban la castidad y los hábitos morales que debían guardarse según la Iglesia contrarreformista de aquellos días. En algunas ocasiones las palabras salidas del misionero desde ese púlpito popular eran tremendistas y anunciadoras de un castigo divino que se acercaba si no llegaba la conversión. De ahí que las consecuencias inmediatas de este misionar fueran tan patentes como efímeras: las confesiones y comuniones generales conducían a la reconciliación de enemigos, apaciguamiento de bandos rivales en localidades más pequeñas, la denuncia de comportamientos de usura y abuso de los más poderosos o de conductas moralmente reprobables (léase amancebamientos o prostitución). Pero la brevedad en la caída en la tentación, conducía a prolongar, por parte de los misioneros, ese ambiente de penitencia, arrepentimiento y deseos de conversión logrado en estas jornadas a través de las famosas congregaciones.

Señalábamos antes que los jesuitas y capuchinos fueron los órdenes religiosos más dedicadas a estas tareas pastorales, aunque tampoco faltaron franciscanos, agustinos e incluso sacerdotes, como aquel malagueño llamado José de Barcia y Zambraña, que con posterioridad accedió a la sede gaditana como obispo. Sin embargo nosotros nos vamos a centrar en la Compañía de Jesús, sujeto activo de esta misión desarrollada en Xàtiva en 1712 y cuya relación hemos encontrado en los manuscritos de la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valladolid, más conocida como Biblioteca de Santa Cruz.

Si la labor educativa en los Colegios no fue el primer objetivo que tuvo San Ignacio en los años fundacionales de la Compañía, sin embargo bien claro tuvo que el principal empleo de los jesuitas que empezaban a extenderse por Europa a partir de 1540 era la «*defensión y dilatación de la santa fe católica*». ³³ Siguiendo lo señalado por las Constituciones, el Prepósito General Claudio Aquaviva indicó en una carta que «*el espíritu de nuestra vocación exige que los de la Compañía no estén fijos y de asiento en un sitio para vivir establemente en él*».

Varios fueron los Padres que configuraron y perfeccionaron el método de la misión. No podemos olvidar en este sentido las contribuciones de Jerónimo López, Jerónimo Dutari, Tirso González, culminando en el siglo XVIII con el navarro Pedro Calatayud. ³⁴ El valenciano Jerónimo López fue el introductor de lo que entonces fue llamado «*Acto de Contricción*», una gran Procesión de Penitencia, que se repetía en di-

33. San Ignacio señala en la Fórmula del Instituto presentada al papa Julio III, que la forma de hacer esto era... «*predicando, leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de enseñar la palabra de Dios, dando los Ejercicios espirituales, enseñando a los niños y a los ignorantes la doctrina cristiana, oyendo las confesiones de los fieles y administrándoles los demás sacramentos para espiritual consolación de las almas*». Cit. por Eduardo RODRÍGUEZ, SJ «Las Misiones Populares en la Compañía de Jesús» en VVAA *Primer Congreso de Misiones Populares*, Loyola 1956-Sevilla 1957, p. 50.

34. Cecilio GÓMEZ RODELES, SJ, *Vida del célebre misionero Pedro Calatayud de la Compañía de Jesús y relación de sus apostólicas empresas en los reinos de España y Portugal (1689-1773)*. Madrid 1882.

ferentes momentos de la misión. Es verdad que algunos jesuitas a lo largo del siglo XVI habían realizado una práctica que se asemejaba bastante a la que Jerónimo López desarrolló con más pompa desde su dedicación exclusiva a las misiones en 1619. Un medio que pronto fue calificado como de oportuno para «*conmover con saludable pavor los corazones, y sacar á muchos de la deplorable modorra en que yacen*», en palabras del también jesuita Julio César de Cordara.³⁵ El deseo de conversión y de mudar las viejas costumbres, hacía que en las misiones del P. López se insistiese en la importancia del sacramento de la Penitencia, convirtiéndose este jesuita en maestro de confesores con el libro «*Casos raros de la Confesión*».

Sin duda las prácticas que había incorporado este misionero a la labor pastoral fueron transmitiéndose de unos Padres a otros, especialmente después de la muerte en Valencia del jesuita. Tirso González fue posteriormente, como nos señala el historiador de la Compañía el P. Astrain, el misionero de las grandes ciudades. Mientras, Jerónimo Dutari fue un continuador del método dibujado por su antecesor el P. López. Dutari fue el fundador de las llamadas Escuelas de María, una de las formas de hacer la labor misional perdurable a través del tiempo en aquel lugar donde se efectuaba. Contribuyó, igualmente este religioso, a extender la devoción a San Francisco Javier, una idea continuada por tanto Padres de la Compañía que misionaban como comprobaremos en Xàtiva, además de intensificar el culto mariano, tan vilipendiado por las tesis de la reforma protestante pero en la España de los entusiasmados immaculistas.

El navarro Pedro Calatayud fue el heredero de toda esta tradición misionera de la Compañía. Su perfeccionamiento, como señala el profesor Egido, llegó hasta límites insospechados, pues no dejaba campo libre a la improvisación de los misioneros. Un dominio de esta labor pastoral materializado especialmente en su conocida obra «*Misiones y Sermones del Padre Pedro Calatayud, Maestro de Theología y Misionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla. Arte y método con que las establece, las cuales ofrece al público en dos tomos para mayor facilidad y expedición de los ministros evangélicos, párrocos y predicadores en misionar, doctrinar y predicar y para mayor fruto y bien espiritual de los próximos*» (1754 y ediciones posteriores). En el primer volumen dispone la minuciosa organización de una misión, mientras que en el segundo aporta esos sermones que debían realizarse en circunstancias especiales ofrecidas a lo largo de la misma.

Y es que el entusiasmo del Calatayud escritor, antes se había traducido en su incansable ánimo por caminar por las tierras de España y Portugal, en esa «*evangelización itinerante*» y ese continuo misionar y predicar, desde aquel primer viaje a La Alberca salmantina en 1718. Este navarro de Tafalla había estudiado Filosofía en el Colegio pamplonico de la Compañía y Derecho en Alcalá. Cuando regresó a su tierra y a su antiguo Colegio, descubrió en los Padres Campoverde y Granado la vocación de misionar. En 1710 ingresaba en el noviciado de Villagarcía de Campos. En Salamanca contó con las enseñanzas del misionero P. Abarizqueta. Posteriormente fue profesor en los Colegios de Medina del Campo y San Ambrosio de Valladolid. Sus primeras misiones fueron por tierras zamoranas y vallisoletanas, cambiando las teologías de las aulas por aquella doctrina que intentaba sembrar por las calles y los púlpitos.

35. Julio César CORDARA, SJ, *Historia Societas Iesu*, parte VI, tomo II, p. 398.

Fue hasta 1767, cuando el P. Calatayud salió acompañado de sus hermanos de religión desde el Colegio de San Ignacio de Valladolid hacia el exilio, según especificaba la orden de Carlos III.

«El libro es un perpetuo y fiel Depositario de las palabras y pensamientos,» decía Calatayud al formular sus propósitos en el prólogo de esta obra. Por eso era necesario que las experiencias que había vivido recorriendo toda España quedasen consignadas por la palabra impresa. Aunque siempre debía de quedar claro que el verdadero objetivo del misionero era, «instruir a los hombres en la justicia y la santidad, inclinándoles a lo bueno, y desviándoles de lo que es malo». Pero en esta «guerra contra el vicio y el Infierno», Calatayud creía que existían distintas «inventivas y modales». Sin embargo en la palabra del misionero, el deseo debía estar en «persuadir la verdad y convertir el corazón sin poner la mira en deleytar a los Oyentes: porque quanto mayor es el deleyte que recibe el oído (...) menos pasto sólido y sustancial recibe la voluntad». ³⁶

Calatayud estaba convencido que la Compañía de Jesús estaba destinada especialmente por Dios para «convertir almas, y hacer frente al Infierno, y á las heregías». Por eso interpelaba a todos aquellos que vivían cómodos en tantas parroquias y colegios en sus habituales labores: «Decíme aora, que excusa tendreis varios Sacerdotes, Religiosos y Jesuitas, en querer más vuestro retiro, y vida acomodada, o quieta, que no el salir, o trabajar en bien de las almas, quando el Hijo de Dios vino por ellas desde el seno de su Padre?». ³⁷

Bien es verdad, que a juicio de este maestro de misioneros, no todos los religiosos tenían capacidad para ejercer ministerio tan destacado. Eran necesarios una serie de «talentos naturales», entre los cuales fijaba la autoridad y opinión para con los pueblos, «la libertad natural en predicar» sin que la timidez censurase su palabra, la «eficacia y energía en convencer el entendimiento», unida a la inevitable «eficacia en traer y mover los ánimos», la discreción y prudencia, además de la afabilidad en el trato con la gente, unido a la modestia en el comportamiento «que ayudan mucho». Pero el religioso debía descubrir su vocación en ese deseo por «clamar contra los vicios y predicar al alma». Para eso debía dedicar mucho tiempo al estudio y a la lectura que le facultasen para poder desarrollar todos aquellos ministerios incluidos en las misiones durante las dos o tres semanas en las cuales se desarrollaban. En el proceso de formación de un misionero era necesario el reunir materiales que facilitasen la predicación, como por ejemplo los símiles, motivos, ejemplos, parábolas o dichos que ya formaban parte de la predicación del propio Jesús como nos indican los Evangelios.

Por eso, además de esas cualidades naturales, detrás de un buen misionero y de un buen jesuita, debía existir siempre una buena biblioteca. Los libros eran esos «ins-

36. Pedro CALATAYUD, *MISSIONES Y SERMONES DEL PADRE PEDRO CALATAYUD, Maestro de Theologia y Misionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla la Vieja. ARTE Y METHODO CON QUE LAS ESTABLECE: las cuales ofrece al público en dos Tomos para mayor facilidad, y expedición de los Ministros Evangelicos, Parrocos, y Predicadores en missionar, doctrinar, y predicar, y para mayor fruto, y bien espiritual de los proximos*, Con privilegio. En Madrid Imprenta de Musica de Don Eugenio Bieco, año 1754. Prólogo al primer tomo, p. 13. (En adelante en las citas bibliográficas abreviaremos el título como lo hace el propio Calatayud en la obra «Arte y método de hacer misiones», indicando la parte del libro, capítulo y páginas donde lo podemos consultar).

37. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754, (I-I), p. 5.

trumentos y herramientas de su oficio» en palabras de Diego de Estella, y por eso desde sus años fundacionales los Colegios de la Compañía destinaban importantes partidas económicas a la dotación de sus bibliotecas. Una de las secciones más nutridas de éstas era aquella dedicada a la oratoria sacra,³⁸ «*un misionero sin letras está expuesto a error.*»

Pero el religioso debía «*convertir almas*» a través no sólo de sus palabras sino también de su ejemplo: «*es cosa monstruosa una lengua parladora, la mano floxa, y en el seno, y una vida obscura y tenebrosa.*»³⁹ Por eso también era necesaria la oración, la mortificación de su cuerpo y de sus sentidos. Y en estos Calatayud no puede olvidar el sentido de la vista delante de una bella muchacha: «*es preciso encontrar la vista con los semblantes de las mugeres, mas en ninguna se claven, ni fixen los ojos; passen si como sobre brasas, y no paren.*»

Ya tenemos al misionero formado y preparado pero ahora lo que debemos planificar, y para eso da instrucciones precisas el propio Calatayud, es el lugar para misionar. Estos religiosos, puesto que solían trabajar de dos en dos, podían ser llamados por el obispo de la Diócesis o por el propio pueblo, villa o ciudad. Sin embargo el jesuita-misionero debía tomar informes sobre personas que podían apoyarle dentro de la diócesis; el carácter y costumbres de los habitantes de la villa a la cual iban a acudir, el clima del lugar y lo propicio de la fecha que pretendían elegir, la existencia o no de otras misiones en esa localidad y los frutos que de ella salieron, información sobre el ciclo agrícola del pueblo con el fin de «*casar los Pueblos con las Misiones*», evitando igualmente que coincidiesen con ferias, toros y otras festividades que produjesen un concurso de gentes ajenas al misionar.

Una vez que se ha estudiado el escenario, se ponían en camino. Y Calatayud nos aporta todo tipo de detalles sobre las ventajas e inconvenientes de los distintos medios de transporte en aquellos siglos: «*lo más proporcionado, o usado es ir a cavallo*», acompañado de otro jumentillo que llevase todos los instrumentos necesarios para la misión. Pero el camino era largo y tortuoso, con diferentes etapas. Era necesario pernoctar en los mesones y posadas. Y aunque Santa Teresa dijese que la vida era como una mala noche en una mala posada, en ellas Calatayud encontraba mayor «*li-*

38. Bernabé BARTOLOMÉ MARTÍNEZ. «Las Librerías e Imprentas de los Jesuitas (1540-1767): Una aportación notable a la cultura española» en *Hispania Sacra*, 40 (1988) pp. 315-388. «... observamos desde las propias constituciones y a partir de los siglos XVI, XVII y XVIII, que las actividades de los jesuitas se centran, en primer lugar y de modo general, en la predicación callejera de las misiones populares o catequisis de niños, de sermones cuaresmales y novenarios en los templos o en la exposición privada de los ejercicios espirituales, meditaciones y pláticas de retiro para grupos de espiritualidad más selecta; en segundo término sobre la dirección de las conciencias y cultivo de la piedad a través de cofradías y diversas congregaciones establecidas en sus centros o por medio de visitas, como carceleros y limosneros, a los marginados de la sociedad; finalmente en la educación de la niñez y juventud desde las escuelas de primeras letras o aulas de humanidades clásicas, en las enseñanzas de «re morali» a los clérigos y sacerdotes o en las cátedras universitarias donde se exponía la doctrina teológica, de modo preferente desde la escuela jesuítica. Para este ejercicio amplio y complejo del púlpito, confesionario y cátedra, estableció la Compañía de Jesús sus bibliotecas o librerías (...) en ninguno de los centros jesuíticos, según la voluntad del fundador, faltó la librería, reservando también para ellas los honores y cuidados más exquisitos». (*Op. cit.* pp. 316-317). Tampoco olvida el padre Calatayud los libros que debe conocer el misionero en su labor pastoral (ver *Arte y methodo de hacer misiones* (II-I) pp. 83-86).

39. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (I-4), p. 15.

bertad religiosa» que en las casas particulares, aunque el jesuita no dejaba de advertir posibles peligros: «en las posadas búsqese todo el retiro que sea posible de las cocinas, zaguanes o sitios donde hay mugeres, arrieros y otra chusma de gente». Sin duda el misionero debía intentar cambiar aquellos ambientes propios, según Calatayud, para la «*bullas, bufonadas, maldiciones y palabras soeces*». ⁴⁰

«*La verdad, no nos conviene a los Misioneros meternos en la conducta y gobierno de los Prelados*», señalaba Calatayud a sus lectores, futuros o ejercientes misioneros. El jesuita navarro recomendaba que éstos no prestasen atención a las intenciones de los obispos, pero tampoco les hiciesen participar en peticiones para la Compañía. Sin embargo era necesario para comenzar a predicar en la Diócesis la debida autorización del prelado, «*aunque los Misioneros de la Compañía de Jesús tienen privilegio de poder entrar misionando por una Diócesis, con la obligación, y sin presentarse, y sacar las licencias*». ⁴¹ Sin embargo consideraba Calatayud que para evitar «*no hacernos odiosos en este privilegio*», era prudente solicitar la firma del obispo en los documentos que facultasen en la labor pastoral. Pero no sólo insistía Calatayud sobre la relación con el prelado de la Diócesis o con otros grupos que pudiesen apoyar u oponerse a lo que los misioneros realizasen, sino que también señalaba los gestos que debían presidir el trato entre ambos religiosos: «*Trabajen en lo posible en la uniformidad y conformidad del juicio*».

Aunque el protagonismo se encontraba en los misioneros, a sus órdenes existía todo ese ejército que define Teófanos Egido: «*curas, frailes, maestros, comisarios, encargados del orden procesional, de velas, de niños nazarenos*». Incluso Calatayud cuenta con algunos seculares en su labor, pues persuaden e instan a otros, más reacios, a que se acercasen al púlpito, al confesionario y a la calle, escenarios todos de estas misiones. Sin embargo el jesuita navarro manifestaba un claro desprecio hacia el papel que podían representar las mujeres para llegar a un adecuado final:

«*El mugerío es un gremio devoto, y fácil a estas primeras impresiones: unas hay embusteras que tienen en el disparador las lágrimas, suspiros y gemidos: otras que por su complexión tímida y blanda, lloran, se derriten y lloran a quatro afectos, y voces que oyen al Acto de Contrición: otras que soltando la rienda al sentimiento, pierden el sentido en fuerza de alguna congoja, y de estas tal cual la finge; para atajar este inconveniente les digo: «Aquí no teneis que assustaros, ni andar con pataletas, porque daré orden que se ponga un cantaro de agua aquí cerca, y a la primera que se desmañe, se la echen toda»: con esto experimento enmienda. Otras, y de estas casi todas fingiendolo empiezan a hacer gestos, ademanes y movimientos violentos, como de espiritadas; suelen ser ardid del demonio para interrumpir, y para que el gallinero de las mugeres que están cerca se alboroten, commuevan y el auditorio con la novedad buelva la cabeza, con que logra el*

40. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754, (I-7) pp. 54-58.

41. Para informarse sobre las debidas autorizaciones y patentes concedidas por los obispos a los misioneros CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (III-1) pp. 123-128. Según nos señala Calatayud esta Patente que el obispo tiene a bien conceder a los misioneros les concede la posibilidad de predicar el Santo Evangelio, enseñar la Doctrina cristiana y ejercer los ministerios de su Instituto, absolver los pecados incluso aquellos reservados al obispo según lo determinan las Constituciones Sinodales, las facultades en votos matrimoniales, publicar Jubileos de la Misión, fundar Escuelas de María Santísima, del Corazón de Jesús, concesión de cuarenta días de indulgencia por asistir a los sermones...

*diablo se pierda la atención por un rato (...) no hay duda, que tal qual vez hay alguna verdadera espiritada, pero de quatro partes, las tres lo fingen, y la amenaza muchas veces me ha salido bien, porque ya no rebuelven».*⁴²

Y además del apoyo de las personas existían una serie de instrumentos que Calatayud consideraba necesarios para la efectividad de la misión. Aparte de las virtudes de las que debía hacer gala el religioso, portaba «*armas*» materiales propias de esa escenografía y teatralidad desarrollada en el Barroco. Para cada acto, para cada sermón contaba con un signo de efectividad: el Crucifijo en el Acto de Contrición, la imagen del alma condenada para el sermón del infierno, la talla del Ecce Homo en las Procesiones de Penitencia, las Bulas de Indulgencia... «*la campanilla cuyo sonido por las calles aun en sueños a varios les ha hecho eco, y harmonía; y assi otros instrumentos, que se juzgan conducentes para el mayor atractivo y frutos*».⁴³

Todo ya se encuentra convenientemente planificado. Es hora de acercarse hasta las puertas o las proximidades de la ciudad para comenzar la misión. «*Cogidos de repente –señala Calatayud– los gritos, sentencias y amenazas divinas, los llenan de pavor y temor, los penetran y hieren y suelen darse a discreción*» El momento del día no podía ser otro que la caída de la tarde, mientras las tinieblas desdibujaban las siluetas de las casas y las espadañas de los conventos. A partir de ahí las calles se llenaban de hachas humeantes, sombras de un crucifijo y los acompasados toques de la campanilla. De la boca de los misioneros salían pregonando esas «*saetillas*», palabras que querían clavarse en las conciencias del pueblo denunciando esa vida fugaz y llena de vanidades:

*«Armado ya el Crucifijo, y ya de noche que no se ve con la luz del día, se dice el Veni Sancte Spiritus (...) entran predicando, se toca tres veces la campanilla, y luego se entona: Moradores de N. Penitencia, penitencia, penitencia y se van echando sentencias, saetillas, amenazas y desengaños, alternando uno, y otro Misionero, según el Quaderno de Sentencias que he impresso (...) la gente va saliendo, van viniendo Nobles, Eclesiásticos y otros; a las mugeres se les intima sigan detrás del Crucifijo, los hombres delante (...) con la novedad, gritos, lágrimas y gemidos de las mugeres, se va haciendo pella grande de gente, que assustada, admirada, y otros dexando la mesa y la cena, concurren (...) se les mueve con un breve Acto de contrición, y las voces y gemidos traen a otros. A los eclesiásticos se suplica separen hombres de mujeres, proporcionen las luces, y al cura que haga señal a sus ovejas para que, saliendo de casa, sigan. Dúseles la bendición, y prosiguen. (...) Llegando a la Iglesia, y si en ella no cupiere la gente, en el Atrio, o alguna plazuela, sube al Púlpito el Padre Misionero, que llevare el Crucifijo; (...) se les cita (al pueblo) combida y suplica para salir el día siguiente por las calles con Jesu-Christo, y con él todo fiel Christiano recogiendo la gente, señalando la hora fija por la tarde a toque de la Campana».*⁴⁴

Después que el misionero ha proclamado las indulgencias que poseía en sus manos, y de haber convocado al pueblo a los distintos sermones, rosarios callejeros y a

42. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754. (III-7) pp. 154-155.

43. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (II-5) pp. 118-119. Sobre el papel de la campana en las sociedades sacralizadas José Luis ALONSO PONGA y Antonio SÁNCHEZ del BARRIO, *La Campana, Patrimonio sonoro y Lenguaje Tradicional*, Valladolid 1997.

44. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (III-3) pp. 135-140.

los niños para la enseñanza de la doctrina, el jesuita se preocupaba por recordar día a día esta convocatoria a través de sentencias y saetillas. Advierte Calatayud de las posibles excusas que podían exponerse para no acudir a la convocatoria misional... labores del campo, las adversidades climatológicas, los caminos... «Padre, somos de fuera —señala el jesuita como ejemplo— y está *lexos*. Respondo, otros vienen de más *lexos*, para una romería, fiesta de toros, ferias o para pleytear bien dexais vuestras casas y no está entonces *lexos*». ⁴⁵ Por eso el misionero, en esta información previa que señalábamos líneas atrás, debía conocer las verdaderas circunstancias que rodeaban el ejercicio de la misión en aquellos días.

Pero también presentaba pautas de vida para el misionero durante las dos o tres semanas que permanecía en la villa o ciudad. Normalmente se evitaba gravar a los habitantes de estos pueblos con los gastos de la predicación. En numerosas ocasiones su financiación era soportada por distintas fundaciones. ⁴⁶ El verdadero objetivo de los misioneros, según Calatayud, les «*cerraba la puerta*» a todo tipo de regalos procedentes del cabildo, ayuntamiento u obispo... «*no se abra la puerta a pedir limosnas desde el Púlpito, porque se verá cubierto de empeños para sacarlas y porque impresionados de que el Misionero reparte limosnas, no le dexarán los pobres, y es mejor que otros las repartan*». Para el alojamiento del misionero lo mejor era que consiguiese carta recomendatoria desde el obispo para que algún eclesiástico los admitiese en su casa. Sin embargo siempre debía rechazarse la residencia en los Palacios episcopales durante el tiempo de la misión... «*con los Príncipes y Prelados se ha de tratar como con el fuego*». Sin embargo en el caso que el misionero tuviese que refugiarse en otros hogares que se le ofreciesen, el aposento debía permanecer siempre cerrado... «*que no entren mugeres, ni criadas, especialmente doncellas, al aposento a servir la comida, luz y otras cosas precisas, si se puede lograr el que algún criado o muchacho o estudiante los sirva o a falta de este, alguna mujer anciana (...) no hay castidad en este mundo segura*». En el sustento el misionero debía ser «*sobrio y mirado... contentarse con un puchero de carne*». ⁴⁷ Sin embargo esta austeridad en su vida podía romperse en los días de descanso después de verse cumplidos sus objetivos en alguna aldea o casa de campo, «*donde se pueda respirar*».

Sin duda alguna la palabra predicada desde el púlpito era uno de los elementos protagonistas de la misión. Si decíamos que en ella existían muchos rasgos de la escenografía del Barroco, la predicación era el medio de comunicación habitual para el anuncio del Evangelio. Sin embargo el sermón se convertía, como señala Teófanos Egido, ⁴⁸ en un «*espectáculo constante y habitual en el Antiguo Régimen*.» Un género que tan sólo podía competir con ese teatro tan insistentemente vilipendiado por los

45. CALATAYUD. *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (III-4) p. 148. Algunas de estas canciones de las que nos habla Calatayud, podían incluir palabras como éstas: *Si os dieran un combite / la carne, el mundo o el diablo / lo admitiríais con gusto / por ir contra lo vedado. / Pues si Christo os combida / ¿por qué ha de ser despreciado?* (Ver el artículo de J. I. TELLECHEA «El Real Colegio de la Compañía en Salamanca y las Misiones Populares (1654-1766)» en *Salmanticensis*, 22 (1975) pp. 322-323).

46. Manuel MORÁN y José ANDRÉS-GALLEGO, *op. cit.*, p. 195.

47. Sobre la alimentación y alojamiento del misionero CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754, (I-5) pp. 32-41.

48. Teófanos EGIDO, *op. cit.*, p. 761.

predicadores del momento.⁴⁹ El sermón era un producto demandado y necesario en cualquiera de las celebraciones de esta sociedad. Por eso el púlpito era el principal medio de comunicación, pero a la vez de manipulación, para estas gentes que escuchaban pero que no leían debido al elevado grado de analfabetismo. Una predicación barroca tan puesta de manifiesto por el P. Isla en su polémico Fray Gerundio, donde revela «*los contenidos, las formas, los medios y los fines*» de estos predicadores.

Era necesario que el misionero, como predicador, poseyera unas cualidades específicas. Aunque el estilo en estas labores pastorales era directo e impactante a la vez, el predicador debía poseer agilidad en su manejo sobre las Sagradas Escrituras, pero también sobre la Tradición que el Concilio de Trento reconocía como textos revelados, es decir, conclusiones conciliares, documentos pontificios y los escritos de los doctores de la Iglesia. Pero además de dominar aquella teología, la capacidad de exponerla con gracia y habilidad era indispensable... «*la eficacia y moción de los sermones* –decía Calatayud– *no consiste en solo el papel, sino en la virtud y destreza de decirle*».

El sermón debía ser cuidadosamente preparado. Para esto el predicador contaba con los libros y con su propia experiencia. En las obras de Calatayud podemos encontrar numerosas «*anécdotas*», si así podemos llamarlas, ocurridas durante los días de misión en los más diversos lugares. Una vez recogidos los datos era necesario asimilarlos. Señalaba el Padre Dutari que «*las doctrinas como sermones se deben saber bien de memoria*». Calatayud corroboraba lo señalado por su antecesor... «*los sermones si no se estudian salen mal; ya se dexa, ya se repite algo, ya se derrama paja, y no grano; ya las entradas y salidas de los puntos, párrafos y sentencias no salen con armonía*». Los tratados clásicos recomendaban al predicador, que para el adecuado estudio de su sermón, escribir y esquematizar eran los mecanismos más adecuados. No obstante tendría que poseer el suficiente dominio sobre la improvisación.

La palabra del sermón, en las misiones populares, llegaba hasta los rincones más insospechados. Comprobaremos que toda la ciudad se volcaba en estos días de penitencia. El predicador vivía en la calle su ministerio, aunque reconocía que la iglesia se convertía en el escenario adecuado para escuchar su palabra. El templo donde se alzaría el púlpito del misionero debía ser capaz de albergar al gentío suficiente, además de facilitar su arquitectura la escucha y contemplación adecuada del predicador desde los diversos ángulos de la iglesia:

«Se dispone Púlpito con sombrero una tercia más alto sobre el bonete del Predicador puesto en él, y de suerte que por si llueve pueda con facilidad soltar a los aires dos cortinas que se puedan correr por si hay ayre, o recoger. Su escalera proporcionada, y en tal altura el Púlpito, que los pies del Predicador estén el estado de un hombre levantados de la tierra, o más de dos varas. Se prueba primero la voz en varios sitios, y procurando defender el Púlpito de la corriente de ayre, o boquerón y que la gente no coja al Sol enfrente, sino la espalda en caso de no haver mucha sombra, se ha de escoger aquel desde donde corre la voz mejor, y se oye en todas partes, y siempre se procura poner de suerte, que coja enfrente del Púlpito alguna pared alta, edificio o Iglesia, que detiene la voz, y hace

49. Ramón ESQUER TORRES, «Las Prohibiciones de Comedias y Autos Sacramentales en el siglo XVIII» en *Revista Segismundo, Revista Hispánica de Teatro* nº 2, CSIC, Madrid 1965, pp. 187-226. Luisa PARRONDO y Demetrio BRISSET, «Las fiestas de los jesuitas en España» en *Historia* 16, nº 164, Madrid 1989.

*que se quede en la Plaza (...) La separación de uno y otro sexo es convenientísima; libra de varios desórdenes y peligros, y fue antiguamente practicada en la Iglesia de Dios y ojala ahora se practicase como en parte se practica en Portugal».*⁵⁰

«En sus funciones —señalaba Calatayud— se ha de acomodar el predicador a la capacidad y calidad del auditorio». Esa naturalidad y moderación que aconsejaban los manuales, también estaba acompañada de una adaptación del tono de la voz al auditorio. Señalaba Francisco de Terrones en el siglo XVI, predicador del rey Felipe II y «rey de los predicadores» como se le conocía... «que al vulgo, a gritos y porrazos; al auditorio noble con blandura de voz y eficacia de razones; a los reyes, casi en fultete y con gran sumisión». Lo cierto es que para el jesuita navarro la pronunciación se veía complementada por movimientos de la cabeza y de los brazos y por todo un lenguaje de los gestos y de la mímica que formaban parte de la escenografía. El mismo Terrones hablaba de la moderación en lo que se llamaban necesidades naturales (toser o limpiarse el sudor). La habilidad del predicador era procurar que el auditorio permaneciese pendiente de sus palabras de forma constante.

El sermón se integraba en todo un programa perfectamente meditado. Existían, a lo largo de la misión, aquellos dedicados al infierno, al sexto y séptimo mandamiento y al no menos importante de la reconciliación de los enemigos. Calatayud reproduce en su obra perfectamente el estilo que el predicador debía manifestar desde el púlpito:

*«La palabra divina penetra más que espada de dos filos, y entra hasta la médula de las conciencias, haciendo anathomia de los mas secretos afectos, intenciones y pensamientos (...) y entonces salen del auditorio, como la fiera clavado el harpón, y dándoles en lo vivo, no paran, no descansan, suspiran, claman y dan buelcos en el lecho, no solo de su conciencia, sino a veces de su cama, hasta que sale la saeta y el pecado (...) Siempre (en la predicación) se ha de tirar a herir, a herir, las conciencias, a remover las espinas del vicio que están ya como encalladas por los callos y dureza de sus conciencias. El vinagre y la sal escuecen si llegan a la llaga mas no en una mano sana; la palabra y la doctrina escuece si se aplica bajando a casos particulares como sal adonde está la herida del pecado. Vayan ejemplillos para la práctica. Primero: «¿Dónde está aquel muchacho, que no ha llegado a doce años y ha tenido ocho veces enredos deshonestos y feos tocamientos con niñas y aún con una hermana suya?» Estas palabras alteran, inmutan a varios muchachos de los que oyen, y aún a los grandes, que se acuerdan de cuando eran niños porque sacan la cuenta en su interior, y uno dice: «Más veces he tenido yo»; otro dice: «¡Ay, que con mi hermana hice esta maldad!» (...) Y con este arte de sagitar se les entra el temor, se horrorizan, de suerte, que pudiera contar muchos casos en que de medio a medio se cogía ya a éste ya al otro por el predicador: «Fulana, no te basta haber tenido acciones horrendas con tu marido antes de casarte, y con tal joven, sino que con tu mismo cuñado has hecho una maldad; ese cuerpo arderá en vivas llamas si no haces penitencia de tu maldad». Esta sentencia hiere, coge o entristece a muchas, que han prevaricado con sus cuñados o sus apalabrados; y como la batería de las doctrinas y de los sermones prosigue, les pone una noche de tristeza en la conciencia, no pueden sosegar muchísimas almas, hasta que en una buena confesión lanzan todo el veneno y malignos humores de sus pecados que tenían reconcentrado».*⁵¹

50. CALATAYUD. *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (III-9), pp. 160-163.

51. «De el artificio, disposición, y calidad de las funciones de Pulpito», CALATAYUD. *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754, (II-2) pp. 87-101.

En definitiva el sermón creaba un clima de entusiasmo a los fieles, que permitía rechazar todo aquello que hasta unos momentos antes formaba parte del hacer y del hablar cotidianos. Un entusiasmo que conducía a espontáneos «Vivas a Jesús» cuando de blasfemia se hablaba o se traducía en abrazos cuando el predicador señalaba el mandamiento cristiano de olvidar las ofensas de los deudores. Eran las procesiones las que extendían el espíritu de penitencia por las distintas rúas de la villa, con un orden muy bien definido. Las disciplinas, sólo para hombres, se realizaban en las iglesias en medio del canto penitencial del Miserere⁵². Contra las habituales, cotidianas y citadas blasfemias el misionero disponía también un momento adecuado, con el grito en voz templada de «¡Viva Jesús, mueran los juramentos!». Las procesiones penitenciales, tan criticadas y vilipendiadas por su espíritu tan alejado de los aires nuevos de las luces, recorrían igualmente las calles con los hábitos penitenciales, sogas al cuello, disciplinantes de sangre y niños nazarenos. El Asalto General tal y como se conocía en Castilla al Acto de Contrición, impulsado por el P. Jerónimo López, en el cual también participaban las mujeres. Pretendía así atraer el misionero a aquellos que huían de la misión, a través de una procesión general y solemne.

No podía quedar tanta penitencia fosilizada en vagas intenciones de conversión. Para eso se realizaba la comunión general y se solicitaba la creación de Congregaciones que recordaban el espíritu reinante durante estas dos o tres semanas, acompañado de otras prácticas necesarias como eran los rosarios de la aurora. «*Conviene la espera y paciencia en coger fruto* –aconsejaba Calatayud a los más impacientes– *y no afligirse, cuando los primeros días parece que están duros, y que se mueven poco; porque la palabra Divina es como la lluvia de Invierno pausada, que va poco a poco penetrando, y empapándose en la tierra: conviene insistir; el árbol o tronco, que no cae con quatro golpes de la hacha, caerá al quinto; si al quinto no al sexto (...)* El Predicador debe ser oído como voz, como órgano, y como boca por donde habla Dios al auditorio, y no el hombre».⁵³

III. MISIÓN DE LOS JESUITAS EN XÀTIVA (1712)

Para un grupo de jesuitas del Colegio de San Pablo de Valencia la Colonia de San Felipe era el escenario perfecto para desarrollar intensamente una misión popular que contribuyese a una mudanza de las costumbres de los habitantes que allí moraban. Así se lo señalaba el Padre José Gamir al citado confesor real, Pedro Robinet, cuando decía que «*Xàtiva era la ciudad más viciosa y escandalosa de este Reyno como era fama constante, y la ocupación continua de Virreyes y Ministros assí eclesiásticos como seculares*». La verdad es que el jesuita valenciano no se explicaba la razón de este público y continuo escándalo. «*En lo exterior avía de ser un oratorio,*

52. Es el salmo 50 y comienza así: *Ten piedad de mí, o Dios, según tu grande misericordia. Y según las muchas muestras de tu clemencia, borra mi maldad. Lávame más y más de mi iniquidad: y límpiame de mi pecado. Porque mi maldad yo la conozco: y mi pecado delante de mí está siempre...*

53. «De la confianza en Dios, que ha de tener el misionero y de la paciencia en esperar fruto de sus sudores», CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (II-3), pp. 110-113.

pues la asistían la Iglesia Colegial, Tres Parrochiales, nueve comunidades de religiosos y dos de religiosas, con muchas cofradías y ejercicios de piedad». ⁵⁴

Sin embargo la razón de los pecados de los setabenses, según Gamir, se encontraba en que era «*fragua de insolencias y de escándalos manteniendo siempre entre sí los moradores inquietos y desuniones, solo eran conformes con la mortal aversión de Jesuitas y Franceses, aviendo sucedido en diferentes ocasiones horror los casos contra estos; y así yo no admiro que indignada la Justicia Divina aya permitido para ruina de tanto mal, la desolación de aquella Población, y para consuelo de las reliquias de ella, que eran buenas, aya dispuesto, moviendo la piedad del Rey, el restablecimiento de la Nueva Colonia, en que se hallen beneficiados algunos franceses y que ella tan a los principios aya logrado por nuestro medio colmadísimos frutos de mucho bien en la Santa Mission*». ⁵⁵

En esta carta, fechada en mayo de 1712, el jesuita elogiaba a su hermano de religión la fecunda labor realizada por Melchor de Macanaz, ya que «*lo que se creyó imposible, se vió puesto en práctica en menos de dos años con bastante número de moradores y cultivada la mayor parte de la Huerta, y termino sin venir indios a pobrarla*». Sin embargo Gamir consideraba que desde el punto de vista eclesiástico las cosas eran muy distintas. A su juicio la culpable de estas controversias no era otra que la situación de la sede episcopal de Valencia y su polémico arzobispo fray Antonio Folch de Cardona. Si al principio de la Guerra el prelado había mantenido una actitud dudosa, después se manifestó partidario del rey Borbón hasta que en 1710 se pasó a las filas del Archiduque. Folch de Cardona acompañó a Carlos de Habsburgo en su segunda entrada en Madrid, actitud que confirmaba las reticencias que Macanaz había manifestado hacia el arzobispo de Valencia. Según Pérez Aparicio, los problemas del prelado con el juez de bienes confiscados, la ruptura de relaciones entre Felipe V y Roma en 1709 y el auge de la causa austracista en estos momentos de la contienda, condicionó el cambio de bando de Folch de Cardona. Lo cierto es que la diócesis valenciana estuvo gobernada entre 1710 y 1724, fecha de la muerte del arzobispo en la Corte vienesa, por diversos vicarios. ⁵⁶

54. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA VALLADOLID (De aquí en adelante BUV), Manuscrito 342, f. 114. En el Archivo General de Simancas (AGS) en la sección Gracia y Justicia, leg 666 existe una «*Relación de los Conventos de Religiosos y religiosas que tenía la ciudad de Játiva antes de su ruina y exterminio e estado que ahora tienen sus fábricas, número de religiosos que en ellos avia y los que fueron buenos vasallos: rentas que tenían y rebaja que han tenido, redactada a Reales de a ocho, que es lo mismo que libras, por averseles de pagar los censos a tres por ciento según la Real Pragmática; las que han perdido en las cassas arruinadas, y lo que tenían sobre tierras de reveldes, de que a unno se les ha dado satisfacción, respecto de que el Arçobispo no les ha dexado pedir en este Juzgado donde toca, ni aunque extrajudicialmente se reconociesen los títulos de las rentas que tenían*».

55. BUV, Ms 342, f. 114 v.

56. Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *op. cit.*, p. 44. Carmen PÉREZ APARICIO, «El clero valenciano...» en *Estudios de Historia de Valencia*, Valencia 1978. José Antonio PUJOL AGUADO, «El Clero Secular al servicio del Estado. Intento estatal de control de la Iglesia durante la Guerra de Sucesión», en *Revista de Historia Moderna-Anales de la Universidad de Alicante*, núms 13-14 (1995) pp. 73-93... «*Mientras permaneciese con vida el prelado investido con bulas pontificias no cabía esperar de Roma la revocación de los nombramientos realizados, ni tan siquiera la aprobación de los candidatos presentados por Felipe V usando fórmulas artificiosas. En tal caso, sólo quedaba el recurso al extrañamiento del intruso y a la entrada en la administración de la diócesis por parte de los representantes de la monarquía. La jurisdicción de estos abarcaba tanto los asuntos temporales, como los espirituales, aun-*

¿Los jesuitas fueron todos proborbónicos? El profesor Mestre admite que la toma de partido de la Compañía durante la Guerra de Sucesión es un problema complejo. Durante y después de la guerra fueron muchos los jesuitas que se mostraron en sus sermones partidarios de la obediencia a Felipe V. Pero en la Compañía existió también esa división política que apareció en tantas otras órdenes religiosas.⁵⁷ Por eso Gamir no podía dejar de hablar de los religiosos que entraron en la ciudad, tras la fundación de San Felipe. Si al principio se promulgó la orden que impedía la entrada de regulares, «ahora (en 1712) pasan de 20 de diferentes órdenes con el empleo de cuidar los intereses de los Conventos o de sus Parientes».⁵⁸ Cuando llegaron los jesuitas a Xàtiva la Iglesia Colegial no tenía ningún confesor ni predicador, «siendo ocho los Canónigos y unos veinte los residentes (...) Ay dos o tres eclesiásticos propios de aquella Iglesia muy hábiles, pero inhibidos de poder entrar en la Iglesia, por si fueran desafectos al Rey - Aviendo otros que lo fueron, igualmente, o mas, y están admitidos». Después de comprobar esta delicada situación espiritual «assí es preciso buscar de afuera el remedio».⁵⁹

Pocos días antes de la Cuaresma llegaban a Xàtiva el referido Padre José Gamir, acompañado del también jesuita Joaquín Burgunyo. Intentaban verificar todas las informaciones que habían reunido sobre tan delicado lugar. Ambos se dirigían a Onteniente, donde los jesuitas tenían un Colegio desde 1705.⁶⁰ Los religiosos pudieron anunciar su futura presencia al Gobernador y a ambos Cabildos... «veníamos a buscar

que ejercida por personalidades diferentes (...) En Valencia, como quiera que el arzobispo fray Antonio Folch Cardona, se había pasado a las filas austracistas, la diócesis había quedado sin gobierno espiritual, que afectaba sobre todo a la administración del sacramento de la confirmación y a la ordenación de nuevos sacerdotes. Fue nombrado un gobernador general, con exclusivas competencias espirituales, en la figura de D. Francisco de Yanguas y Velandía». (PUYOL, *op. cit.*, p. 76).

57. Antonio MESTRE «Los antecedentes del Instituto de Valencia» en VVAA *Institut Lluís Vives. 150 anys d'història*, Valencia 1997, p. 17.
58. Según la Relación anteriormente citada antes de 1707 (AGS, G^o y J. leg 666) el convento de Santo Domingo tenía una comunidad de 60 frailes (6 fueron leales a los Borbones), San Francisco 60 (4 leales), San Agustín 40 (8 leales), Carmelitas Calzados 32 (8 leales), La Merced Calzada 40 (9 leales). Trinitarios Calzados 30 (12 leales), Franciscanos descalzos 30 (sin leales), Capuchinos 24 (1 leal), Monjas dominicas 40 (6 leales), Monjas franciscanas 43 (12 leales), La Colegial 94 (27 leales), mientras que San Pedro, San Juan y Santa Tecla eran ayudas a la Parroquia de la Colegial.
59. BUV, Ms 342, f. 116. En febrero de 1714 el Deán de la Colegial, Diego de Laviña, envía a Macanaz un informe de los eclesiásticos que habían regresado a Xàtiva con permiso de la Curia de Valencia, con mayoría mayoritaria de «proborbónicos». Días después el Fiscal de Valencia, Jacinto Ortí, señala al Consejo de Castilla que han desembarcado en costas valencianas eclesiásticos procedentes de Barcelona, dirigiéndose a San Felipe. De los religiosos retornados, la mayor parte fueron rebeldes –en contradicción al Deán setabense–, iniciándose una exhaustiva investigación. (BLESA, *op. cit.*, pp. 38-48).
60. El Colegio de Onteniente de la Compañía de Jesús se debía a la iniciativa de doña Vicenta Blasco, una aristócrata nacida en esta localidad valenciana. Una iniciativa materializada en testamento en 1669. A través de él, nombró como su heredero a la Compañía para que con ese dinero, y lo que hubiese producido por su administración, pudiera fundarse en su localidad natal un Colegio dirigido por los Padres. Desde 1703 el Provincial tuvo el proyecto en sus manos. Dos fueron los jesuitas enviados a Onteniente para parlamentar con las autoridades del lugar. Encontraron buena acogida, algo que no era siempre habitual. Un año después llegaba la licencia de Felipe V para abrir el Colegio, tomando los jesuitas posesión del edificio en 1705. No sólo la docente fue la misión de los cinco religiosos que allí habitaban. La Guerra de Sucesión y la epidemia desatada en Onteniente hizo que los padres se empleasen en estas

su alivio, y consuelo, y a suplir en el tiempo de Cuaresma la falta de Vicarios, que avía en las Iglesias». ⁶¹ Los dos, cuanto menos con seguridad el P. Gamir, procedían del Colegio de San Pablo de Valencia. ⁶²

Con todas estas provisiones ambos Padres de la Compañía regresaron a Xàtiva, «liderando» un grupo de clérigos que les auxiliarían en sus funciones. ⁶³ Conocían que existía en los habitantes de la ciudad reticencias a su presencia y al desarrollo de su actividad pastoral... «*el decirse que los Misioneros iban a ocupar uno de los Conventos y las ventas de algunas comunidades para fundar un Colegio en aquella ciudad, no obstante se allanó con facilidad todo, desengañándoles la expresión del fin del bien de sus almas, que nos conducía a la población, y el tiempo les ha desengañado más, viendo nuestro obsequio y protección a los pocos religiosos que avía en la Ciudad*». La morada de los jesuitas fue una casa vecina a una iglesia deshabitada, «*sustentándonos de la limosna de la mitra que se nos dió*». Estos días de penitencia coincidirían con el novenario de San Francisco Javier, fijado para los primeros días del mes de marzo. Como buenos Padres de la Compañía, no podían hacer un mejor planteamiento de la santidad, que aquella que manaba del ejemplo de este santo jesuita que dedicó buena parte de su vida a extender, por misiones, el Evangelio en el Oriente más extremo. ⁶⁴

El primer domingo de Cuaresma, «*aviendo concurrido a la Ciudad numerable gentío de los lugares vezinos, y Huerta se dio principio a la mission con una devotísima procesión*», rezando el rosario, repartiéndose los misioneros en diferentes lugares para que las palabras de penitencia y conversión, además de los anuncios de convocatoria, llegasen a la mayor parte de la población. Los jesuitas deseaban que todos

tareas. Al principio, y según voluntad de la fundadora, los jesuitas estaban dedicados a instruir a los parientes de Vicenta Blasco. Si seguimos las Cartas Anuas, hasta 1746 no funcionaron en este centro, con normalidad, las clases de latinidad. (ASTRAIN, *op. cit.*, Tomo VII, Madrid 1925, pp. 34-36).

61. BUV, Ms 342, p. 101.

62. Antonio MESTRE «Los antecedentes del Instituto de Valencia» en VVAA *Institut Lluís Vives, 150 anys d'història*, Valencia 1997. Juan-Luis CORBÍN FERRER *Monografía Histórica del Instituto de Enseñanza Media «Luis Vives» de Valencia*. Valencia 1979. No es fácil, como señala el profesor Mestre, el momento de fundación del Colegio de la Compañía de la capital del Turia. Sabemos que fue fundamental la iniciativa de Juan Jerónimo Domenech (luego jesuita). Parece que el año concreto es 1552, en cualquier caso se encuentra entre las primeras fundaciones de la Compañía en España. El éxito del Colegio fue espectacular desde el XVI, sobre todo por lo novedoso entonces de la «Ratio Studiorum», método de enseñanza de los jesuitas, y después por la disciplina impuesta a los estudiantes de Gramática. Aparte de la polémica con la Universidad de Valencia y el Patriarca Ribera hasta la Concordia de 1728. La importancia de esta casa de la Compañía estaba fuera de toda duda, con un ambiente intelectual muy destacado. Sin embargo no debemos confundirlo con el Seminario de Nobles de San Ignacio. San Pablo se encontraba destinado para candidatos a la Compañía, sin excluir la llegada de algún alumno de otra religión (como entonces se llamaba a las órdenes). El Seminario de Nobles se encontraba instalado junto al Colegio de San Pablo, lo que ha conducido a que muchos autores le incluyesen en una misma unidad.

63. «... *dexando avisados a dos sacerdotes seculares muy fervorosos de aquella vezindad (de Onteniente), uno de Canales (Canals) el Dr. Balthasar Primo, y el otro de la villa de Benigani (Benigánim), el Dr. Vicente Barrachina, para que entrada la mission vinieran a ayudarnos en el trabajo principalmente del confesionario, lo que executaron con mucha aplicación casi tres semanas*» (BUV, Ms 342, f. 101).

64. Bartolomé BENNASSAR «Contrarreforma y repliegue cultural» en GARCÍA SIMÓN, *Historia de una cultura*, tomo III, Valladolid 1995, p. 148.

los setabenses conociesen su presencia, por eso se dirigieron a los Arrabales de Xàtiva, donde «*la gente especialmente mora se escondió y cerrava en las cassas y la que avia en las calles huía a los campos*». Señalemos esta peculiar observación racial de los misioneros y como son estos probables descendientes de moriscos los que temieron al sonido de la campanilla que portaba Gamir y su compañero, las palabras de su doctrina o el mismo hábito de los religiosos. En otro tiempo la morería de Xàtiva fue la más importante del reino de Valencia.

Una vez que habían llegado a San Felipe, pues indistintamente se refiere a la ciudad el Padre Gamir, pudieron comprobar esa delicada situación espiritual... «*Dios, cuyas ocultas Providencias son inasequibles, quiso dilatar el remedio de aquel infeliz País dexándole morir para poderle resucitar*». Como vemos los religiosos justificaban, a través del reclamo divino, una decisión política que necesitaba de constante explicación... «*aquel lugar era otra Ginebra o Pueblo Bárbaro, y contra él se pedían en la Corte informes*».

Desde el principio los jesuitas manifestaron claros deseos de mejorar la enseñanza del Catecismo entre los niños setabenses. Como otros tantos aspectos de la vida ciudadana la situación educativa de Xàtiva era muy precaria. Eran esos estudios «*a estilo grotesco*» como señalaba décadas después Joaquín Lorenzo Villanueva⁶⁵. Sin embargo los misioneros veían necesario comenzar de forma intensa la enseñanza del Catecismo. Para eso, los jesuitas intentarían que no se les escapara un sólo niño en los barrios y arrabales de Xàtiva. Y una forma de atraer a los pequeños era a través de los premios. De diversas edades se debieron juntar, puesto que los misioneros, ayudados por otros clérigos que les apoyaban, les distribuyeron en distintas capillas de la Iglesia Colegial «*segun sus años y noticia de la doctrina*». El ejercicio catequético se iba a extender en principio a lo largo de la primera semana cuaresmal. Sin embargo los jesuitas pudieron comprobar la afluencia mayoritaria y la ignorancia doctrinal que demostraban algunos jóvenes «*de 15 y 16 años, que aún perfectamente no sabían persignarse*». Todo esto obligó a extender este ejercicio, «*convirtiéndolo en formación de escuelas públicas de catecismo para niños y de costuras o casas de labor con sus maestras hábiles para niñas*». Para evitar todo tipo de confusión, el misionero avisó desde el púlpito de la gratuidad de estas enseñanzas... «*conociendo los adultos el beneficio grande que logran ellos, y los niños aviendo despertado del pernicioso sueño y olvido de la Santa Doctrina, no cessavan entre lagunas de gozo de echarnos mil bendiciones por esta enseñanza (...) y hubo mugeres de 40 años, que ignorando la doctrina, viendo la obligación en doctrinar a sus hijos solo por el fin de salir de sus ignorancias, rogavan a los missioneros dedicasen un rato todas las tardes para instruir las en la silla del confesionario*».⁶⁶

Sin embargo, a pesar del conjunto de actividades doctrinales, que habían organizado los jesuitas, todavía existían niños que no podían acceder a esta catequesis. Para eso se organizó, en la casa que ocupaban los misioneros, unas clases «*para pobres ni-*

65. Joaquín LORENZO VILLANUEVA, *Vida Literaria* en la edición, estudio preliminar e Índice Onomástico de Germán Ramírez Aledón, Alicante 1996, p. 110. Para ver la evolución de la educación de Xàtiva desde su reconstrucción hasta finales del siglo XVIII la obra de Vicent TORREGROSA, *Il·lustració y Educació. Xàtiva (1707-1798)*, Xàtiva 1988.

66. BUV. Ms 342, ff. 102v-103.

ños labradores, que venían a las primeras oraciones y estaban hasta las nueve de la noche». Gamir nos señala que algunas veces, el número de oyentes que escuchaban sus palabras llegaba a doscientos. Por eso no podía dejar de manifestar, al Padre Confesor Real Pedro Robinet, su satisfacción por los progresos educativos que habían experimentado los niños setabenses a la mitad de la Cuaresma, «de suerte que sin lágrimas de gozo no podía uno preguntarles, pues así en las clases, como en la Iglesia, en tiempo de los sermones, en que por lo común se ponían juntos, ni se oía una palabra entre ellos, sino con las manos compuestas y atentísimos oían la divina palabra, siendo así que al principio parecían unos bárbaros y rapazes sumamente traviosos e inquietos». ⁶⁷ Los misioneros insistieron que los maestros Gramáticos debían enfatizar más en la enseñanza de la doctrina, a pesar de que ellos no dejarían de visitar la clase tres veces a la semana para preguntar de primera mano los contenidos de la catequesis. Sin duda, al final de la misión, el Padre Gamir manifestaba su satisfacción por los resultados obtenidos... «en este empleo de la buena educación y crianza de la juventud se puso tanto cuidado sin perdonar a trabajo alguno, así por aver mayor necesidad de este exercicio como por pender de el la subsistencia del fruto de la mission». Como no podía ser menos el Padre Calatayud trató igualmente el problema educativo de las niñas:

«Es notable en varios Pueblos la mala educación, y poca crianza de las niñas: muchas de ellas en llegando a los diez y ocho y veinte años, se hallan desembueltas, de genio abierto, altivas y desobedientes a sus Padres, porque se torcieron desde los principios, y con ellos crecían sus apetitos, y pasiones: otras deseosas de la virtud, y trato de oración o de consagrarse a Dios, no saben leer, ni habilidad alguna: y por falta de mugeres Maestras que las crien en santo temor de Dios y las enseñen a leer, escribir, hacer encajes, bordar... salen mal criadas. En varias Repúblicas se encuentran algunas mugeres que las enseñan algo, mas su instrucción suele ser defectuosa (...) convendrá fundar una Escuela pública para niñas» ⁶⁸

Sin duda alguna el plato fuerte de la misión iba a ser el novenario dedicado a San Francisco Javier. Mientras tanto, el Padre Gamir y su compañero decidieron fomentar en los días laborables de la semana algunas prácticas misionales. Las actividades serían diferentes para aquellos que vivían dedicados a los trabajos del campo y de la huerta, mientras otras estaban dirigidas a la «gente de porte y eclesiásticos». Desde el púlpito, el misionero no podía tratar las especificidades de cada uno de los «gremios». Calatayud daba mucha importancia a las pláticas a los confesores... «es conve-

67. BUV, Ms 342, f. 103.

68. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, «De algunas escuelas y Congregaciones. De la escuela de niñas» Madrid 1754 (V-4) pp. 315-320. Calatayud publica además las Reglas que debía observar la maestra de niñas. Habla de los textos a utilizar en la enseñanza de la lectura y la doctrina: la Cartilla y el librito del padre Astete, posteriormente el Compendio de la Doctrina Christiana para terminar con el Libro de Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Se preguntará sobre los contenidos de la Doctrina los sábados, el mismo día que todas asistirán con la maestra a misa. Se fomentará igualmente la devoción del rosario y la confesión frecuente. La maestra procurará que todas las niñas jueguen juntas los días de fiesta, evitando el contacto con los muchachos en calles, zaguanes y corrales. Así, igualmente, se prohibirá la enseñanza en la misma aula de niños y niñas. Una Escuela abierta a las niñas de cinco años en adelante, cobrando solamente lo estipulado, manteniendo la gratuidad a seis niñas pobres y evitando que nadie abra otra Escuela sin poseer la debida autorización.

niente que los Misioneros impongan a los Confesores en el modo de recibir las Confesiones generales, pues aunque hay unos Confesores prácticos, o diestros, hay muchos poco versados y menos instruidos, que necessitan la instrucción dicha».

Se convocó a los labradores al rezo del rosario, para empezar posteriormente a explicar un mandamiento del decálogo y terminar con el ejercicio de la disciplina que precedía al canto de la Pasión. Este ambiente de penitencia encaminaba hacia la confesión... «y al fin se despedía a las mugeres y cerradas las puertas se hacía la disciplina con gran moción y fervor por espacio de un Miserere». Lo señalaba Calatayud en su Manual para misioneros, para aquéllos que eran incapaces de realizar la penitencia en su casa, el ejemplo de los que les rodeaban, les animaba a la práctica de este ejercicio penitencial... «ninguno se azote con cadena, ni con disciplina de hierro, ni se azote arriba en las espaldas: vuestras disciplinas sean de cuerda». Una penitencia acompañada por la ausencia de la luz dentro de la Iglesia, los cantos del Miserere y De Profundis⁶⁹ y el sonido de la campanilla... «todo eran sollozos –narraba Gamir– golpes a los pechos y ponerse en cruz. Hubo algunos que de este exercicio se han movido a mudar de vida».⁷⁰

Como buenos jesuitas debían fomentar la práctica de los Ejercicios Espirituales escritos por San Ignacio de Loyola... «martes y viernes por espacio de media hora, después de completas se explicava un punto selecto del catecismo o alguna otra devoción (...) Salía todo el Cabildo y clero a descubrir a Nuestro Señor que se colocava en el altar mayor con mucha magestad adorno y número de luces en cuya presencia se proponía al pueblo una meditación, tañéndose a esse tiempo instrumentos músicos y de quando en quando sobre el punto de la meditación se echavan algunas Jaculatorias o actos fervorosos y se dava fin después de encerrar a nuestro Amo con la mesma solemnidad que antes con la estación a la Virgen de los Dolores».⁷¹ Gamir creía que la práctica de los Ejercicios ignacianos había conducido irremediabilmente a las confesiones generales, elemento tan principal en el desarrollo de las misiones populares. No faltaban las recomendaciones de Calatayud hacia los misioneros cuando delante del confesionario se arrodillaba una mujer:

*«Si se ofrece confessarlas, tengase la cautela de poner un pañuelo el Misionero entre la rexilla del confesionario, y su rostro: lo primero porque varias sin malicia meten los dedos por la rexilla; y si los huecos son más anchos de lo que aquel peligroso sitio permite, suelen meter incautamente la nariz: lo segundo, porque no peligre por la vista, no siendo bien mirar lo que es ilícito desear: y es aquel sitio arriesgadísimo para que los ojos se deliberen, y harten de complacencia sensual, y expuesto a que los penitentes observen algun afecto, o mudanza en el semblante del Confessor: y este peligro se ataja con una pared de lienzo en medio».*⁷²

69. De Profundis, el Salmo 129, es otro de los cantos penitenciales. Así dice en sus primeros versículos... «Desde lo más profundo clamé a ti Señor. Señor oye mi voz. Estén atentas tus orejas a la voz de mi humilde ruego. Si observais, Señor, nuestras maldades: ¿quién, o Señor, podrá sostenerse? Mas en tí está la clemencia: y por tu Ley, Señor, he puesto en tí mi confianza. Mi alma está confiada en su palabra...»

70. BUV, Ms 342, ff. 104-104v.

71. BUV, Ms 342, ff. 104 v-105.

72. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*. Madrid 1754 (1-6) p. 49.

Gamir, ante la afluencia de público, pidió ayuda a dos eclesiásticos junto con otros religiosos de diferentes órdenes. En el confesionario el misionero recomendaba que el carácter tornase... «quanto ha de tener de dulce, y suave un Misionero en el Confessionario –dice Calatayud–, tanto ha de tener de eficaz y fuerte en el Púlpito».

A principios del mes de marzo llegó el tiempo del novenario de «San Xavier», que además de santo jesuita, modelo de esta santidad del Barroco, era patrón de las misiones. Era el momento fuerte de los sermones, de la doctrina y de las procesiones por las calles de Xàtiva. «El sitio más oportuno y destinado para oír la Misión es el Templo de Dios», señalaba Calatayud. Sin embargo en ocasiones, los misioneros debían buscar otros escenarios... «por esso nos vemos precisados a predicar en Plaza pública, de suerte que en los Reynos de Andalucía, Murcia, Valencia, Galicia, Navarra, Asturias, la Montaña, Rioja y Portugal, y varia porción de Castilla ordinariamente hemos predicado en Plaza». ⁷³

En estos diez días de misión se intensificó el ambiente de penitencia en Xàtiva, a través de los llamados Actos de contrición nocturnos, que además de recorrer las calles principales de la ciudad, salían de nuevo a los arrabales para instar a los más reticentes... «el horror que les causavan las saetas o Jaculatorias, que se cantaron por las calles sin deliveración les hazia ocultar por las casas, bien que recobrados algo salían de ellas para acompañar a Cristo». Desde el púlpito no faltaba la relación de los milagros de San Francisco Javier, porque estas sociedades sacralizadas necesitaban de lo milagroso y de lo maravilloso... «y todo el gran concurso del auditorio repetía con devoción y ternura las palabras de la formula del Novenario que cerravan los gozos cantados del Santo con acompañamiento de música (...) hubo tardes en que se hubo que interrumpir el acto de contrición por los sollozos, voces y desmayos del auditorio, predicando sin duda mas desde su altar el Santo patron San Xavier que el misionero desde el púlpito». ⁷⁴

Las confesiones no cesaban, y más bien aumentaban en número, puesto que el Padre Gamir indicaba al confesor Robinet, que los clérigos (que al principio eran ocho y después llegaron a diez) se sentaban en el confesionario por la mañana y por la tarde. Admitía el jesuita que las consultas habían sido a menudo difíciles de resolver... «las aprehensiones de las gentes, especialmente en estos años de turbaciones, bien extravagantes, los hodos, las invenciones del diabólico, los raros acaezimientos, perturbaciones y lazos del demonio y las conciencias bien intrincadas». Hasta tal punto que los jesuitas tuvieron que recurrir en más de una ocasión a «la pericia de los maestros de Teología de este Colegio de San Pablo» ⁷⁵. Pero en estas sociedades sacralizadas no podían faltar las conversiones espectaculares donde se encontraba presente el demonio o las narraciones milagrosas en las cuales San Xavier intercedía co-

73. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*. Madrid 1754 (III-9) pp. 160-163.

74. BUV, Ms 342, ff. 106 v-107.

75. Entre los libros que Calatayud recomendaba a los misioneros, para que llevasen consigo, se encontraba el *Prontuario de Teología Moral*, escrito por el dominico Francisco de Lárraga y cuya primera edición es de 1706. Aunque estaba especialmente indicado para aquellos clérigos sin demasiado bagaje teológico, el mismo Calatayud se lo recomendaba a sus jesuitas que poseían una formación mucho más completa y no «tenían en la uña todo el Lárraga», como satirizaba Isla en el Fray Gerundio. Adopta el dominio la forma tradicional de las preguntas y respuesta, y precisamente, por no ser en exceso científico, ni tampoco original fue sumamente práctico. (Ver Teófanos Egido, *op. cit.*, pp. 752-760).

mo santo protector. Los habitantes de aquellas sociedades veían con naturalidad la convivencia entre los seres fantásticos, los espíritus enemigos y las legiones de ángeles. Eran mentalidades donde se desarrollaban, como lo expresa gráficamente el profesor Teófanos Egido, auténticas «guerras cósmicas».

*«El primer día de su Novenario aviendo asistido con mucha devoción y exemplo un cavallero de la ciudad a componer el altar y adorno del Santo, por la tarde quiso su muger venir al Sermón y hazer la novena al Santo en la Iglesia, siendo assi que no estava para salir de casa por recién parida, no obstante la alenó su devoción y en el camino la libró San Xavier de un gran peligro de la vida porque desbocando un caballo, y pareciendo a la señora que estava aún lexos, al querer tomar el umbral de una puerta se vió entre los pies del cavallo arrojada en tierra sin más susto ni lesión que hecho pedazos el manto, y señaladas las herraduras en las arrugas de las basquiñas, y sin más prevención que unas sangrías quedó en el tiempo del Novenario perfectamente buena».*⁷⁶

Pero no podía terminar este novenario sin una gran Procesión de Penitencia, como gran Acto Final, «a fin de santificar aquellas calles y plazas de la infeliz y arruinada ciudad». Calatayud, en su Manual, encontraba muchas razones de utilidad en estas procesiones: «apacar la ira y justa indignación de Dios, traer más gente a la Mission; porque varias almas amantes de su carne y que después de mucha luxuria y maldades, tenían grima a hacer penitencia, al sonar por las calles los azotes, cadenas y golpes, y ver tantas y tan rigurosas penitencias, aunque sean de bronce, se compungen y animan al castigo con el exemplo. En Alicante al passar por las calles la Procession de Penitencia nocturna, muchas personas se castigaban y azotaban cruelmente, se oían azotes que en varias casas cerradas tomaban».⁷⁷

Gamir narraba con detalle aquel cortejo. Los niños y niñas precedían la procesión, vestidas de María Magdalena (modelo de pecado y de arrepentimiento que conducía a la santidad, tal y como plasmó en madera policromada Pedro de Mena) y niños nazarenos, con vestiduras blancas y moradas, corona de espinas, con soga de esparto pendiente desde su cuello y portando cruces en sus manos. Los penitentes, igualmente coronados de espinas les seguían, saliendo todos ellos de la Iglesia Colegial, sin un orden riguroso, imposible de guardar por el gran gentío que allí se reunió. Calatayud en su Manual señalaría unas instrucciones rigurosas para que esta procesión discurriera con orden... «cruces pesadas a cuestras, barras de yerro, arrastrar cadenas, golpes en las mexillas y otras demostraciones de sentimiento retratavan vivamente a Nínive penitente». El cortejo llegó a un amplio espacio, que Gamir llamó «plaza mayor», donde «se formó un teatro agradable a los Ángeles en que hizo una breve exhortación». El cortejo regresó a la Colegial donde, como era costumbre, los hombres fueron separados de las mujeres en su distribución por el templo:

76. BUV, Ms 342, f. 107 v.

77. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754, (1V-2) pp. 269-271. En otras relaciones de misiones que hemos podido leer, a este ambiente de penitencia se sumaba también la climatología. Así cuenta Calatayud su primera misión en 1718... «la primera Mission que hice. fue en la Alberca año mil setecientos diez y ocho, salió la Processión de penitencia á las heras que dan vista al Santuario de Nuestra Señora de Peña de Francia: el Cielo estava sin una nube, la sequedad grande: los niños Nazarenos muchos en número, y los grandes con sus trages de penitencia sin duda alcanzaron la lluvia del Cielo, porque estando parada un breve rato la Processión, y mirando acia el Santuario, empezó a rebolverse el ayre, de suerte, que acabada la Procession al amanecer de la mañana inmediata, empezó a llover tanto, que prosiguió por tres días el agua».

«Dispuesto ya un Crucifijo en el altar mayor cerrado con cortinas, pendientes de sus lagas listones de nacar que finían en un cáliz - dispuso el Misionero los ánimos para aprovecharse de la sangre de Cristo en medio de un perdón general - fue la emoción, y lágrimas extraordinarias, tiradas las cortinas de la Santa Imagen - aquella representación de la sangre del Salvador, derramada por el perdón de nuestras culpas no hubo quien con sollozos no explicara su ánimo, fue el de todos arrojarse a los pies de sus mayores contrarios, que eran pocos en aquella ciudad los que mantenían enemistad».⁷⁸

Gamir narraba con gozo aquella reconciliación entre los setabenses. Las palabras que escribe el jesuita valenciano parecen calcadas a las que publica Calatayud años después en este «Arte y método», al que estamos recurriendo de forma constante... «ordinariamente, en los pueblos grandes y pequeños, donde asisten a la función, suelen aquella tarde y noche andar Parientes, Vecinos, Amos, Criados, Eclesiásticos, Nobles, Señoras, unos por las casas de otros a reconciliarse y hacer las paces (...) de suerte que parece una tarde de Jueves Santo según anda la gente». Es la conocida función de los enemigos.

De alguna manera debían recordar los jesuitas a estos fieles de Xàtiva las devociones manifestadas hacia el patrón de las misiones. Gamir deseaba construir en la Colegial un altar permanente dedicado a San Francisco Javier. «Pedí sitio al Cabildo, que me concedió muy gustoso, y en breves días recogí la limosna bastante para hazer retablo y quatro lienzos de pintura, siendo el principal de nueve palmos y cinco de ancho, el qual ornato se está ya trabajando para colocarse en puesto bien visible de lo principal de la Iglesia». Arturo Climent⁷⁹ analiza un lienzo del santo jesuita, depositado actualmente en el Museo de la Colegiata, donde se representa al santo predicando el Evangelio, con un fondo marino, aguas surcadas por un barco y entre las montañas un núcleo urbano amurallado. La obra data del siglo XVIII y podía ser el lienzo central del altar que Gamir quiso levantar en la Colegiata de Xàtiva para culto permanente de sus fieles.

Si los misioneros habían logrado que los setabenses que asistían habitualmente a los ejercicios de su misión pasasen por la confesión, era la hora de la comunión general el día de la primera fiesta después de concluirse estos sermones. Gamir nos ofrece cifras de aquel día de San José... «passaron de tres mil y quinientas las comuniones de aquel día, aviéndose reservado para el día segundo de Pascua la Comunión de niños y niñas». Con esta celebración, el jesuita valenciano veía cumplido uno de los objetivos planteados desde su llegada a Xàtiva: mejorar la educación catequética de la infancia... «fueron mudos predicadores -señalaba Gamir al P. Robinet- aquellos angelitos, pues a su vista y devoción se movieron algunos a mudar de vida».⁸⁰

Sin embargo los misioneros todavía no habían visitado algunos rincones de Xàtiva donde se podían albergar los más marginados. Los jesuitas se acercaron hasta los enfermos y los presos de la cárcel, «para que ganen los Jubileos de las Doctrinas». «Y para que el fruto de la mission -continúa Gamir- alcanzara a todos se buscaron algunos obstinados secretamente en cuevas vezinas y últimas casas derruidas de la población». Sin embargo unas cuantas marginadas, las prostitutas, todavía no habían

78. BUV, Ms 342, f. 110 v.

79. Arturo CLIMENT, *Guía de la Colegiata de Santa María de Xàtiva*, 1997. BUV, Ms 342, f. 108.

80. BUV, Ms 342, f. 111.

participado de este ambiente de penitencia. Así nos cuenta Gamir su llegada a «*esta casa de escándalo y libertad*»:

*«Fue una noche un misionero acompañado de un vicario de la Iglesia, y con la escusa de visitar una enferma y asistirle con una limosna, se introdujo con suavidad a ganar almas de algunas mugeres livianas que la abitaban - y siendo entre ellas la más pernicioso una forastera que fue hallada cenando con su galán en un cuarto, cerradas las puertas, siendo ellos, el misionero y el eclesiástico y Dios testigos de la liveza con que se les afeó la maldad - al exemplo de San Xavier con unas cadenas se golpeó el Misionero obligándose a la penitencia para aplacar a Dios - se consiguió el remedio con la heroica resolución de aquella muger, ya Santa Madalena, pues sin despedirse de su galán, tomó la mantilla y se vino con el misionero y eclesiástico, y fue depositada en una casa honrada hasta que se entregó a su madre avisada, que vino de fuera y dió providencia para que las demás dexasen el empleo del demonio».*⁸¹

Sin duda alguna la prostitución era un motivo de preocupación para las élites de las villas y ciudades, lo que motivó en la Baja Edad Media a institucionalizar el oficio a través de las mancebías públicas. Hasta entonces el escenario de las prostitutas eran las casas particulares, nunca amparadas por el poder de los municipios. Gracias a esta medida era posible controlar y reducir a los contornos de los muros de un edificio determinado las conflictivas relaciones que existían entre las propias prostitutas, los clientes, los rufianes y todos aquellos personajes propios de este mundo del hampa. Además la mancebía reportaba beneficios para la institución municipal. Desconocemos la situación de la prostitución en Xàtiva en esta segunda década del siglo XVIII. No obstante, como se insinúa en las palabras del jesuita valenciano, parece que el prostíbulo setabense fue transitoriamente clausurado. Al fin y al cabo era habitual que todo este tipo de establecimiento fuese cerrado al paso de los itinerantes misioneros, debido a ese ambiente de penitencia, arrepentimiento y de intención de «*mudar de vida y costumbres*». Gamir no lo señalaba al final de su extensa carta, pero era habitual que estas prostitutas, igualmente influidas por los deseos de redención, se mezclaran con el resto de la población en la despedida y salida de la ciudad, siempre sentida y emocionada, de los misioneros.⁸²

Cumplidos, a priori, todos los objetivos que habían sido perfectamente planeados, era el momento de consolidar lo conseguido. Al misionero, además de convertir, le gusta que sus palabras permanezcan. Feijoo, cuando hablaba de Calatayud, señalaba ésto de forma muy gráfica... «*Ya avía meses que estaba ausente de Oviedo el P.Calatayud, y aún estava predicando el P.Calatayud en Oviedo, porque permanecían el eco de sus voces en los corazones de sus oyentes*». Por eso Gamir propone unas veces y deja caer otras, en este correo que mantiene con el Confesor Real, algunas medidas que permitirían perdurar aquello conseguido en estas semanas en la antigua Xàtiva. Recomendaba a los clérigos setabenses que fomentaran algunos ejer-

81. BUV, Ms 342, f. 111v.

82. M^a Asunción ESTEBAN y M^a Jesús IZQUIERDO, «Pecado y Marginación. Mujeres Públicas en Valladolid y Palencia durante los siglos XV y XVI» en Juan A. BONACHÍA (Coord), *La ciudad medieval. Aspectos de la vida urbana en la Castilla bajomedieval*, Valladolid 1996. V. GRAULLERA «Un grupo social marginado: las mujeres públicas del burdel de Valencia en los siglos XVI y XVII» en *Coloquio de Historia de Valencia*, Valencia 1978, pp. 75-98. Francisco SÁNCHEZ BLANCO, *op. cit.*, p. 17.

cicios de piedad, tales como el rosario y la oración ante el Santísimo, además de la constante enseñanza de la doctrina cristiana. Debido a la precaria situación de San Felipe, tal y como se deduce en muchas palabras de este jesuita, se consiguieron diversas limosnas, no sólo de notables valencianos de la capital sino también de la mitra. Señala Gamir que comenzó a reedificarse el Hospital General. No se olvidaba el misionero de solicitar al Padre confesor algún tipo de providencia para que aumentase el número de vicarios en Xàtiva con el objeto de vigilar la educación y enseñanza del Catecismo.

Gamir consideraba que gracias a la misión, «*se han reconciliado muchas enemistades y se ha atenuado la suma libertad de hablar entre unos y otros de cosas de fama y crédito, vicio bien común y antiguo en aquel País*». No dejaba de confesar el jesuita valenciano que sus sermones y predicaciones sirvieron para aumentar en esta ciudad, tan rebelde a la autoridad del monarca Borbón, su fidelidad a Felipe V... «*ultimamente el deseo de Su Majestad es que aquella Nueva Colonia sea Colonia de sus fieles vasallos, y otros remunerados por sus méritos y servicios*». Por eso pide Gamir que San Felipe sea tratada con todos los honores de una Colonia Real... «*fue años ha pretension de aquel País tener sede episcopal, como la tenía antiguamente, y por el sumo poder de los Arçobispos de aca no lo pudo lograr*». ⁸³ *Fue pretensión de algunos cavalleros bien intencionados tener en su Ciudad, Colegio de Jesuitas, y por la aversión del Pueblo no se pudo executar. Y era conveniente, no solo el que se fundara Colegio, sino Seminario para la buena educación*». ⁸⁴

En estos mismos días el Padre Robinet se dirigió al Marqués de la Mejorada para darle cuenta de la relación remitida por sus hermanos de religión desde el Colegio valenciano de San Pablo. El aristócrata no se retrasó mucho en su contestación al Padre confesor... «*creame que no estaré quieto hasta que en San Phelipe ó en otra parte vea yo fundado por el Rey un Collegio de la Compañía destinado solo a sus novicios y Seminario de Capellanes de los exercitos como VS save que descurriamos y el Rey aprobó y repetidas vezes se lo he acordado*». ⁸⁵

Como en otras relaciones de misiones la despedida tenía tintes emotivos y de añoranza. «*Las cosas quedaron en embrión* —indicaba Gamir—. *dexando aauel feliz*

País con las misericordias de Dios, no sin lágrimas nuestras y de sus habitantes». Parece ser que los setabenses querían impedir la salida de los jesuitas, o por lo menos así éstos lo confesaban, pero los religiosos les indicaron que eran «*Hijos de la Obediencia*», una cualidad muy valorada dentro de la Compañía de Jesús, prometiéndoles nueva visita para comprobar el culto que los habitantes de Xàtiva dispensaban a San

83. Fueron numerosos los memoriales que se prepararon con el fin de elevar de nuevo a Xàtiva a la categoría episcopal. En la sección de Clero del Archivo Histórico Provincial de Valladolid hemos hallado un documento del rey Carlos III, fechado en San Lorenzo de El Escorial, denegando al Cabildo de la Iglesia de San Felipe la erección a Catedral, a pesar de los Memoriales que había recibido, después de haber sido cuidadosamente examinados por la Cámara de Castilla (Arch. Histórico Provincial de Valladolid, sección clero, caja 290). Durante el siglo XVIII se crearon algunas diócesis, entre ellas la de Santander, perteneciente hasta entonces a la diócesis de Burgos. En la creación del obispado de Santander en 1754 tuvo especial protagonismo el jesuita montañés y confesor de Fernando VI Francisco de Rávago (en ALCARAZ, *op. cit.*, pp. 263-278).

84. BUV, Ms 342, f. 117.

Francisco Javier en ese altar que debía instalarse en la Iglesia Colegial. «*Reciba este mi obsequio –termina Gamir– de estas breves noticias deseadas de zelo de VS y heroica piedad del Rey Nuestro Señor y sirvase mover su real ánimo para que imitando a Dios dispense liberal y compansivo sus providencias en beneficio de aquella su nueva colonia, que merece su Real nombre y amparo*».

El tantas veces citado Pedro Calatayud pisó también las vegas de Xàtiva unos años después, en 1735. Entraba dentro de una serie de misiones que realizaba por el Levante mediterráneo. Se fueron sucediendo las de Alicante, Novelda, Elche, Almanza, Villena y Xàtiva. Haciendo jornada previa en el colegio de Onteniente se encaminó hacia la Colonia de San Felipe en octubre de 1735, entrando como era costumbre, al anochecer con una procesión que alteraba los ánimos hacia la penitencia. Inmediatamente se dirigieron a la Iglesia Colegial, donde la misión fue inaugurada. La afluencia de público debió obligar a buscar un escenario adecuado trasladándose los sermones a la plaza. La misión se prolongó durante tres semanas (entre el 7 y el 28 de octubre). El Provincial de Aragón, conociendo el dominio que poseía Calatayud del «*arte de predicar y convertir*», envió a dos Padres de la Compañía para que conociesen de primera mano el método perfeccionado por el jesuita navarro. Una vez más el célebre misionero tenía unos objetivos claramente marcados, en los cuales insistir cada vez que se subiera al púlpito. En primer lugar erradicar «*los vestidos provocativos y en todo adorno femenino que necesitaba correctivo*». Aunque estas eran costumbres más propias de la Corte, parece que Calatayud encontraba imitaciones en cada villa que pisaba. Como señalaba Francisco Sánchez-Blanco, la mujer, que siempre había sido contemplada como objeto de pecado, si ahora se vestía con los «*vestidos descotados que trae la moda francesa*» aumentará en su grado tentador. Ya lo decía Calatayud en su Manual, la mejor forma de penitencia para la mujer es «*dexar atavios, afeytes, papillotes y rizos, porque todo esto es testigo de vuestra impenitencia*».⁸⁶

Calatayud, en cada una de sus misiones, intentaba propagar el culto al Sagrado Corazón de Jesús a través de las Congregaciones. En 1712, cuando los jesuitas del Colegio de San Pablo misionaron por Xàtiva, no pudieron fundarla, entre otras cosas porque la primera que se estableció en España fue en Lorca en el año 1733, fundada por el mismo Calatayud⁸⁷. En esta visita del maestro de misioneros a Xàtiva parecía que se intensificó el culto a esta devoción, tan opuesta al racionalismo ilustrado, aunque el biógrafo de Calatayud no confirma que en la ciudad valenciana se fundara ninguna Congregación. De allí salieron hacia una casa que los Marqueses de Llaneras poseían en Genovés, a legua y media al este de Xàtiva, donde los jesuitas descansaron durante breves días.

* * *

86. Cecilio GÓMEZ RODELES, *Vida del célebre misionero Pedro de Calatayud de la Compañía de Jesús*, Madrid 1882, p. 243. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO, *op. cit.*, p. 19. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754 (IV-3), p. 275.

87. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, nos ofrece las reglas que estas congregaciones debían poseer, Madrid 1754 (V-5), pp. 321-329. Antonio MESTRE, «Religión y cultura en el siglo XVIII español», en *Historia de la Iglesia en España*, IV, Madrid, BAC, 1979, donde nos ofrece la síntesis de la historia de este culto, más ampliamente expuesta en José Eugenio de URIARTE, SJ, *Principios del reinado del Corazón de Jesús en España*, Madrid, 1880 e Id, *Vida del padre Bernardo F. de Hoyos*, Bilbao, Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, 1896.

En las últimas líneas, en las últimas letras salidas de la mano del Padre José Gamir, conservadas en los fondos de manuscritos de la Biblioteca del Colegio Mayor de Santa Cruz que fundó el Cardenal Mendoza a finales del siglo XV en Valladolid, en sus últimas palabras al confesor real, reclamaba de nuevo al rey Felipe V, a través de su director espiritual, el interés de la corona y de su gabinete hacia el progreso de la antigua Xàtiva... *«debía tratarse a aquel Pueblo como niño de pocos años para que pudiera crecer»*.

Cuenta el Libro del Génesis que indignado Yaveh por los pecados de Sodoma, se dispuso a destruir la ciudad. Delante de Lot, el sobrino de Abraham, se presentaron tres ángeles de Dios advirtiéndole: *«Levántate, toma a tu mujer y a las dos hijas que tienes, no sea que perezcas tú también por las iniquidades de la ciudad»*. Una vez fuera de la misma le dijeron *«Sálvate. No mires atrás y no te detengas en parte alguna del valle»*. Cuando Lot y los suyos se encontraron salvos, hizo llover Yaveh sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego procedentes del cielo, *«destruyó estas ciudades y toda la hoya, y cuantos hombres había en ellas y hasta las plantas de la tierra»*. La mujer de Lot, curiosa ante lo que pasaba, volvió su mirada y toda ella quedó convertida en un bloque de sal. Xàtiva, la ciudad que algunos compararon con la Sodoma y Gomorra bíblica, aquella parecida en su penitencia a la Nínive de Jonás, aquella que algunos querían incendiar, arar y sembrar de sal para que allí nunca nadie pudiera colocar piedra sobre piedra... esa misma Xàtiva y sus habitantes supieron mirar hacia atrás, sin miedo a convertirse en bloque de sal... volvieron la mirada para encontrarse con su pasado, con sus orígenes, con su prolongada memoria... Tan sólo había que buscar el rastro histórico de una ciudad.